

Selecta

*El dulce sabor
de la verdad*

Mentiras con amor 2

Chris Razo

El dulce sabor de la verdad

Bilología Mentiras y verdades 2

Chris Razo

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Más vale ser vencido diciendo la verdad
que triunfar por la mentira.*

Prólogo

Después de enterarme de que el hombre al que amo estaba casado, creí que lo mejor era irme de su casa, y así lo hice. Me marché cuando él no estaba, pero no sin antes dejarle una nota. Me ha herido y creo que se merece saberlo.

En el momento que estés leyendo esto, yo ya no estaré aquí. He decidido irme. No puedo compartir techo con una persona que me ha engañado durante tanto tiempo. Trataré de no separarte del niño. Sé que lo quieres de verdad. Es el único sentimiento verdadero que creo que tienes.

Yo me pondré en contacto contigo. No me busques; no me llames. Deja que pase el tiempo, por favor. En este momento, no estoy preparada para verte. Me has hecho mucho daño. Precisamente tú, que sabías perfectamente por lo que había pasado. ¿Cómo fuiste capaz de engañarme? ¿Por qué no me lo contaste? Recuerdo perfectamente el día en que te pregunté por qué un hombre como tú no estaba casado y me dijiste que no habías encontrado a la mujer adecuada, que tu trabajo era difícil de entender. ¿Por qué no me lo contaste? ¿Te hubieras fastidiado los polvos de después? ¡Eres un cabrón! Has tenido mil y una ocasiones para contármelo y no lo has hecho. ¿Estabas con las dos tú también? ¡Soy una maldita estúpida por creer en ti! De lo único que me dan ganas en este momento es de largarme lejos de aquí y no verte nunca más. Lo que más rabia me da es que te quiero. Por eso nunca voy a poder perdonarte.

Recojo todas mis cosas. Cojo a Alessandro y salimos. Pensé que seríamos felices aquí. Otra vez me equivoqué. No puedo creer que, después de todo lo que he sufrido con Álvaro, me hayan fallado de nuevo. ¿Tengo un imán para las mentiras?

Pensé que Marcos era diferente. Que de verdad se merecía una oportunidad y que yo lo quisiera. ¿Qué me pasa con los hombres? ¿No puedo tenerlos solo para mí?

Sé que tengo que ser fuerte. No solo por mí, sino por mi hijo. Él es el único hombre en el que siempre confiaré.

Marcos

Llevo todo el día metido entre papeles tratando de no pensar, de despejarme, pero es imposible. Sofía no sale de mi mente. Me siento un miserable por haberle mentado. Sentí un dolor inmenso cuando la vi llorar. Más aún, cuando sé que yo soy el único culpable de ello. Podría haberlo evitado. ¡No se puede ser más imbécil que yo! Lo peor de todo es que ella de verdad cree que estoy con Fiorella y, aunque traté de explicárselo, ella no me creyó. Supongo que es lo lógico, no puedo culparla. La fallé, pero la quiero y, no sé de qué manera, pero voy a recuperarla. A ella y a mi hijo.

Capítulo 1

NUESTRA VIDA

Hace una semana que nos fuimos de la casa de Marcos y aquí estamos, invadiendo la casa de la tía Ana (solo temporalmente).

Estoy buscando cosas por internet. Ahora tengo dinero para poder comprarme algo, pero quiero tomármelo con calma. Quiero que mi hijo tenga el mejor hogar del mundo.

Con Ana todo es perfecto. Desde que vinimos aquí, no ha dejado de mimarnos a ninguno de los dos. A mí, porque dice que estoy recién parida y a Alessandro, porque es su sobrino y piensa consentirlo hasta los treinta por lo menos. (Creo que sé dónde irá el niño, el día que se enfade conmigo).

—¿Ya se ha dormido el angelito? —pregunta Ana.

—Sí. Por fin.

—No puede ser más bueno, Sofía.

—Tienes toda la razón. Tengo mucha suerte.

—¿Qué sabes de Marcos?

—Nada. No he tenido noticias tuyas.

—¿Estás bien?

—Sí. Perfectamente.

—¡Mentirosa! ¡Siéntate! Vamos a tener una charla tú y yo.

—¿Puedo evitarlo?

—Me temo que no. —Me siento a su lado.

—Ahora, en serio, ¿cómo estás?

—No lo sé, Ana. ¿Dolida, jodida, destrozada?

—¿Y qué piensas hacer?

—¿Qué quieres que haga?

—Hablar con Marcos. Yo sé que no tiene excusa. Comparto contigo que es un cabrón, pero ¿no crees que está sufriendo sin ver al niño y sin saber de él? El niño no tiene que pagar por ello.

—Y no va a pagar, te lo prometo. Solo necesito un poco de tiempo. No estoy preparada para encontrarme con él.

—No dejes que pase el tiempo y que el niño empiece a no necesitarlo. Es un bebé, nena, y crecen demasiado pronto. Piénsalo. —Me abraza. Sé que tiene razón. Ella siempre la tiene. Tengo que poner mi mente en orden y hacer las cosas bien.

Me paso toda la noche pensando en la conversación que he tenido con Ana. Aunque me haya mentido, él niño no entra en nuestro juego. No puedo hacerle daño con él.

Así que, después de una mala noche, un café y ver la imagen más bonita del día (la cara de mi hijo), me armo de valor y escribo un mensaje.

SOFÍA (09:15)

Buenos días. He estado pensando mucho y, aunque ni por un momento pienso en perdonarte, no quiero que dejes de ver al niño. No quiero que tenga que echarte de menos por mi culpa. Así que, cuando tú quieras, puedes verlo.

Mandado. Me tiemblan las manos. ¿Estoy preparada para verlo? Creo que no. Tendré que sacar mi coraza de nuevo y dejar mis sentimientos a un lado. Supongo que lo que no hagas por un hijo, no lo harás por nadie.

MARCOS (09:17)

Gracias por escribirme. Me moría de ganas por saber cómo estaba el niño, pero sabía que no podía escribirte. ¿Podemos quedar hoy? Donde tú quieras y a la hora que sea. No me importa. Gracias de verdad.

¿Hoy? ¿Tan pronto? No puedo negarme. Sé que se muere de ganas por verlo.

SOFÍA (09:18)

Ok. A las 18:30 en la cafetería de siempre.

Y así quedamos. Me ducho, me pongo un pantalón y arreglo al niño. A las seis salimos. Estoy nerviosa; no puedo negarlo. No sé cómo voy a reaccionar. Verlo tan pronto no entraba en mis planes. Y aunque mi corazón le odia, también le echa de menos. Es inevitable.

Capítulo 2

EL TEMIDO ENCUENTRO

Cuando llego, lo veo en la puerta. En cuanto se da cuenta de mi presencia, me mira y sonrío.

«¡Está tan guapo como siempre! Tranquila, Sofía. Recuerda que te engañó. Lo único que tienes que hacer es tener un trato cordial con él. Nada más», pienso.

Se acerca a mí y me da dos besos. El simple contacto de su boca en mis mejillas hace que esté a punto de perder el control y es algo que no puedo permitirme. Me despego lo más rápido posible.

—¿Cómo estás? ¿Y el niño? —pregunta.

—Todo bien. Estamos bien.

—Puedo...

—Por supuesto. —Se acerca al carro y su cara se ilumina. No puedo evitar sonreír. Sí, es un mentiroso, pero me da tanta ternura ver cómo lo mira que no puedo evitar sentirme feliz por ello.

—¡Estás precioso, mi niño! Papá te ha echado mucho de menos. ¿Tú a mí también?

—¿Entramos? —le pregunto rompiendo el momento que se ha creado.

—Sí. Vamos. —Entramos en la cafetería. Por suerte, no hay mucha gente. Pedimos dos cafés y Marcos saca a Alessandro del carro.

—¡Está precioso! Está mucho más grande. Ha crecido mucho desde que no le veo.

—No seas tan exagerado, Marcos.

—No lo soy. Bueno, dime: ¿cómo habéis estado?

—Bien. ¿Y tú?

—Echándoos mucho de menos.

—Ajá...

—¿No me crees?

—¿Por qué tendría que hacerlo? —Se queda callado—. ¡Vaya! Parece que la frase de «Porque nunca te he engañado» ya no te funciona, ¿verdad?

—Tienes derecho a reprocharme lo que quieras.

—Lo cierto es que no quiero. En realidad, yo no tendría ni que estar hablando contigo. Pero me he prometido a mí misma que no iba a dejar que tus mentiras influyeran en la relación con el niño y pienso cumplirlo.

—Si tú quisieras, yo podría explicarte las cosas.

—Ya, pero el problema es que no quiero. Para mí eres pasado. No quiero volver a tener que hablar de este tema. Quiero tener una relación cordial contigo. Pero solo por el niño. Aunque, en realidad, si no quieres, no tienes por qué tener ningún contacto con él. Al fin y al cabo...

—¡No se te ocurra decirlo, Sofía! —me mira con un odio que jamás habría imaginado—. ¿Cuándo vas a parar con el tema? Es mi hijo. No quiero que vuelvas a insinuar que no lo es. Aunque ya no estemos juntos, ni lo estemos jamás, yo le quiero por encima de todo. Y ni pienses que voy a separarme de él. ¿Te ha quedado claro? —Lo he herido. Esta vez sin querer. Pero no pienso darle la razón.

—Muy bien. Entonces hablemos de cómo vamos a llevar esta situación.

—Yo quiero verlo. No quiero ningún convenio de quince días, ni vacaciones, ni nada de eso.

—¿Entonces?

—Tan sencillo como ponernos de acuerdo. ¿Crees que serás capaz?

—Por supuesto. Pero habrá días que querrás verlo y no podrás. Supongo que lo entenderás, ¿no?

—Trataré de hacerlo.

—También entenderás que ahora es un bebé y que no puede ir de un sitio para otro.

—¿Qué problema hay en que me lo lleve a casa? Yo también necesito estar a su lado, dormir con él.

—¿Sí? Pues hasta donde yo sé no tienes lo que él necesita.

—¿Y qué te hace pensar que no lo tengo? —Lo miro y me señalo un pecho.

—Eso..., eso se podría arreglar. Existen sacaleches y biberones.

—No quiero darle biberón tan pronto.

—Entonces tendrás que venirte a casa.

—¡Ni loca!

—Busca la solución. O sacaleches o te vienes a casa a dormir.

—¿Sabes que, si empieza con el biberón, puede rechazar el pecho?

—Te he dado dos opciones, Sofía. Elige la que mejor te parezca. Pero este fin de semana pienso dormir con mi hijo. De una manera o de otra.

—¿Me puedes explicar qué pinto yo en tu casa?

—Tranquila, tendrás una habitación para que duermas tú sola.

—¡Hombre, eso no hace falta ni que lo digas! Ni loca dormiría contigo.

—Tampoco te he invitado a hacerlo. —¿En serio me ha dicho eso? ¡Qué le pasa! Aunque lo hiciera, ni loca aceptaría dormir con él.

—Muy bien. Déjame pensarlo. Te diré algo esta semana. Tengo que irme ya. Tiene que comer.

—¿Puedo acompañaros?

—Hemos venido andando

—No importa. —Se levanta y se va a la barra a pagar. Cuando vuelve, coge el carrito y me

pregunta:

—¿Puedo?

—Claro. Todo tuyo. ¿Sabrás hacerlo?

—¡Por quién me tomas! ¿Estás en casa de Ana?

—Sí. De momento. Hasta que encuentre algo.

—¿Necesitas que te ayude con algo? Está de más que te diga que para lo que necesites..., dinero no sé, cualquier cosa.

—No, de momento no. Tengo el dinero de la casa. Estoy buscando, pero no quiero precipitarme. Quiero encontrar algo con lo que sepa que voy a quedarme para toda la vida.

—Si necesitas que te ayude a buscar..., conozco un par de inmobiliarias.

—No. No te preocupes. De momento quiero hacerlo yo sola.

—Quizás, deberíamos hablar sobre pasarle dinero al niño.

—No. No quiero que le pases nada.

—No se trata de lo que tú quieras, sino de lo que hay que hacer. Ese dinero no es para ti. Es para él. Si no quieres gastarlo ahora, guárdalo y, cuando lo necesites, ahí lo tendrás.

—Ya hablaremos de eso. Gracias por acompañarnos. Hasta luego.

—Espera. Te ayudo a subir el carro.

—No hace falta.

—¡Seguirás siendo una cabezota toda tu vida!

—No tengo por qué cambiar.

—Quizás deberías. —Me ayuda a subir el carro hasta el ascensor, coge al niño le besa y le abraza.

—¡Hasta pronto, campeón! Te echaré de menos.

—Gracias por acompañarnos.

—No tienes que darlas. Cuídate. Si necesitas cualquier cosa, llámame.

—Vale gracias.

—¿Puedo llamarte para preguntarte por él?

—Sí. Puedes hacerlo.

—Gracias. —Cojo el ascensor y él se marcha.

Primer encuentro superado, aunque no ha sido nada fácil. ¡Creo que voy a necesitar un buen psicólogo o, en su defecto, una buena amiga que me escuche!

Esa noche, después de una larga charla con Ana, me doy cuenta de que esto va a ser más difícil de lo que yo imaginaba. ¿Será que cuándo los padres se separan ya no hay sentimientos de por medio y eso hace que sea todo mucho más fácil? Porque desde luego estando enamorada, las cosas son de todo menos fáciles.

Capítulo 3

NO ME LO PONES NADA FÁCIL

Solo quedan dos días para el fin de semana y todavía no he decidido qué voy a hacer. No quiero separarme de mi hijo, pero pasar el fin de semana con Marcos es pagar un precio demasiado alto. Ana me ha dicho que vaya, que solo me está poniendo a prueba porque él mismo piensa que jamás aceptaría irme a su casa a pasar el fin de semana después de todo. Al final, me decido. Si cree que no soy capaz, es que todavía no me conoce.

SOFÍA (12:00)

Hola. Te escribo para decirte que pasaremos el fin de semana en tu casa. Espero que a tu mujer no le importe. Llegaremos por la noche.

Lo sé. Lo reconozco. Soy mala. Mi comentario es de lo más desafortunado, pero supongo que tengo demasiado rencor dentro.

MARCOS (12:10)

Me alegro de que hayas decidido venir. No te preocupes por mi mujer. Si estás tú aquí, ella no aparecerá. ¿Cómo está el niño?

«¿Cómo? ¿De verdad me ha dicho eso? ¿Pero qué le pasa? ¿Después de todo va de dolido por el mundo? Perfecto, Marcos. Pues si quieres guerra pienso dártela», pienso.

SOFÍA (12:14)

El niño perfecto. Me alegro de que haya decidido no aparecer. Solo van a ser dos días. Luego podréis volver a vuestra vida normal. Te avisaré el viernes.

Miro el móvil varias veces, pero no, no hay respuesta. Me tiene desconcertada. «¿Se puede saber por qué está tan frío?», pienso.

—¡Eh! ¡Espabila! Estás en Babia —me dice Ana.

—Lo siento. Estaba pendiente de otra cosa.

—Déjame adivinar..., ¡Marcos!

—Sí. Me tiene desconcertada. Esta frío. Le hago comentarios para herirlo y al final la herida soy yo.

—A lo mejor se ha cansado de que lo hieras, ¿no crees? Está jugando a tu mismo juego.

—No sé de qué hablas.

—¡¡Ay, Sofía! Que todo el mundo se cansa de que lo traten mal. ¿Qué es lo que esperabas de él?

—No lo sé.

—Sí lo sabes. Esperabas que te rogara para que le perdonaras y que te pidiera una y mil veces que volvieras con él. Y eso es lo que te tiene realmente fastidiada.

—¿Yo? Para nada. Es más, prefiero que no insista. Entre él y yo se acabó todo ya.

—Sí, sí. La teoría está muy bien, pero la práctica es otra cosa. Solo te diré que tú solita vas a meterte en la boca del lobo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque te va a tener en su casa, en su terreno. Espero que sepas cómo defenderte.

—¿Crees que intentará algo?

—No me refiero a eso. Me refiero a que sabe muy bien cómo hacer las cosas contigo. Te conoce bien.

—Solo voy por mi hijo. No me dio muchas opciones.

—Yo no veo mal que vayas. Es más, si yo fuera tú, ya que voy, no perdería la visita y me enteraría de por qué me engañó.

—A mí eso ya no me interesa.

—Piénsalo bien. Es una buena oportunidad para descubrir la verdad.

«¡Descubrir la verdad! Ya no sé si me interesa descubrir la verdad. ¿Descubrirla cambiará algo? Tengo el corazón tan dañado, que ni la mejor explicación del mundo podría cambiar nada», pienso.

El viernes pasa muy rápido. Cuando me doy cuenta, estoy en la puerta de su casa, esperando que el fin de semana pase tan rápido como lo ha hecho la semana. Por fin nos abre la puerta.

—Hola. Me alegro de que estéis aquí. —me dice Marcos.

—Hola. Solo espero que pase rápido.

—Yo espero que pase muy lento. —Me sonrío, coge las cosas y vamos adentro. Subimos arriba a dejar las cosas y me sorprende cuando nos lleva a una habitación que yo no recordaba así.

—¿Te gusta? No sabía muy bien como decorarla. Aún estoy algo perdido con estas cosas.

—Es... es preciosa, Marcos.

—¿De verdad te gusta?

—Es espectacular. Nunca habría imaginado que tú...

—¿Que yo decorara una habitación para mi hijo? ¿Y por qué no? Espero que pueda pasar mucho tiempo aquí.

—No quería decir eso.

—No te preocupes. Deja las cosas ahí y vamos a cenar.

—No tengo hambre, Marcos.

—Tienes que cenar. Así que vamos. Te espero abajo. Me llevo Alessandro. Voy a empezar a enseñarle el arte de la cocina. —Se ríe y a mí consigue sacarme una sonrisa. Una de esas que hacía tanto tiempo que no conseguía que luciera en mi cara. Justo el tiempo que hace que él no está en mi vida. Mientras que ellos están abajo, yo me dedico a mirar cada rincón de la habitación. No pudo evitar estar sorprendida. No dudaba de lo importante que es Alessandro para él, pero nunca imaginé que fuera capaz de hacerle una habitación solo para él. Decido bajar. La mesa ya está puesta y Marcos tiene en brazos a Alessandro. Está meciéndole y cantándole.

—¿Mucha guerra? —pregunto.

—Para nada. Y, aunque así fuera, sería feliz, te lo aseguro.

—Lo sé. Sé lo importante que es para ti.

—Vamos a cenar. —Lo acuesto en el carro y nos sentamos a cenar. No puedo evitar sentirme incómoda. No abro la boca en toda la cena y evito mirarlo. Es lo mejor. Cuando recogemos, me pregunta:

—¿Qué pasa que estás tan callada?

—Nada. Estoy un poco cansada.

—No entiendo por qué siempre tienes que mentirme.

—Aprendí del mejor.

—Sí estás incomoda, puedes marcharte. Parece que te tratara mal. No lo entiendo. Solo quiero estar con mi hijo y hacerte sentir lo mejor posible, pero tú no me lo pones fácil. —Tiene toda la razón, pero, si se lo pusiera, entonces volvería a caer en sus brazos con la misma facilidad que el viento mueve las hojas.

—Voy a ponerle el pijama a Ales. Quiero descansar.

—Deja que yo lo haga. Puedes subir a cambiarte si quieres.

—De acuerdo. Súbemelo ahora, tengo que darle de comer.

Y eso hago. Ponerme el pijama y sentirme mal por cómo lo estoy tratando. Sé que, aunque me haya fallado, está tratando de ser amable conmigo y yo no se lo pongo fácil. Pero tampoco me sale. ¡Ha sido un error venir aquí!

Capítulo 4

VERDADES A DESTIEMPO

—**Y**a estamos listos, mamá. ¿Qué tal?

—¡Guapísimo! —lo ponen en mis brazos.

—Os dejo solos —dice él.

—Si quieres puedes quedarte.

—¿Puedo?

—Sí. No vas a ver nada que no hayas visto ya.

—¿Sabes? Nunca pensé que ser padre fuera así.

—¿Así cómo?

—Tan especial.

—Sí. Supongo que no nos damos cuenta hasta que vivimos esa experiencia.

—Yo nunca he tenido esa necesidad de tener hijos.

—¿Nunca te lo has planteado? ¿Ni con...?

—No. Nunca. Vivíamos para el trabajo. Aunque supongo que lo que realmente falló fue el amor.

—No tienes por qué hablarme de eso.

—Quiero hacerlo. Me casé con Fiorella cuando tenía treinta años. Estábamos muy enamorados.

Nuestras familias se conocían de toda la vida y nosotros estábamos siempre juntos. Compartíamos amistades y aficiones.

Ella estaba ilusionada con casarse y para mí solo era un papel que firmar. Al final, por hacerla feliz lo hice. Con el tiempo ella empezó a encargarse de algunos negocios. Viajaba mucho y apenas nos veíamos. Yo la necesitaba a mi lado y le propuse montar otro hotel el Italia y quedarnos allí a vivir, pero eso no entraba en sus planes. Era una persona muy ambiciosa. Si tenía dos, ella quería cuatro. Lástima que me di cuenta demasiado tarde.

»Al final, cansado de sus viajes y de que cuando viniera el único tema de conversación entre nosotros fuera el dinero, decidí montar un hotel aquí en Madrid. Yo empecé a viajar también y prácticamente no nos veíamos. Mis amigos me contaban que ella andaba con hombres por ahí y, al principio, no voy a negarte que me moría de rabia y de celos, pero luego me di cuenta de que ella no era la mujer de la que yo me había enamorado. La mujer de la que yo me había enamorado era

solo un espejismo. Asimismo, yo seguí con mis hoteles.

»Un año más tarde inauguré aquí en Madrid. Como era de esperar. Ella no se perdió la inauguración. Venía gente muy importante y en ese momento era lo único que le importaba. Así que, después de tres días de locura, volvimos a Italia los dos juntos. Cuando lo hicimos, le pedí el divorcio. Ella montó en cólera, como era de esperar. Me dijo que por qué nos íbamos a separar si estábamos bien y nos queríamos. ¿Estar bien es verse una vez cada mes y, de tres días que estábamos juntos, dos y medio estar discutiendo? Desde luego, no era la vida que yo quería vivir. Se puso a llorar y me dijo que le diera una oportunidad, que las cosas iban a cambiar. Y yo le creí. No tenía por qué dudarlo. ¡Gran error por mi parte!

»Un día regresé a casa y, para mi sorpresa, ella no estaba sola. Estaba muy bien acompañada. Esa noche dormí en un hotel. Me emborraché y me acosté con una mujer, de la cual no recuerdo ni el nombre, ni la edad, ni siquiera me acuerdo de su cara. Recuerdo que me acosté con ella porque a la mañana siguiente la tenía pegada en mi brazo. Sí. Me acosté con otra por despecho. Y, desde entonces, las cosas cambiaron para siempre. Volví a pedirle el divorcio, pero me tenía cogido por los huevos. La noche que yo me fui con esa mujer, alguien me hizo fotos. Supongo que fue ella. Sabía que, si nos divorciábamos, ella entregaría eso. Y, como ella me dijo, me quedaría sin nada. Ella es dueña de todo al cincuenta por ciento, quitando el hotel de República dominicana, que fui listo y lo puse a nombre de mi hermano. Si me separaba, lo perdía todo. Así que llegamos al acuerdo de que cada uno haría su vida. Sin explicaciones. Para ojos de la gente, nosotros estábamos separados, aunque legalmente eso no fuera así.

»No voy a negarte que cuando viajaba a Italia siempre acabábamos en la cama y que la mayoría de las veces era yo quien la buscaba, pero porque yo no había conocido a otra mujer que me hiciera sentir como ella. He estado con varias mujeres aquí, pero nada terminaba de cuajar. Supongo que en parte porque yo tampoco quería que eso pasara. Hasta que apareciste tú. Desde que te conocí esa noche, mi vida no volvió a ser la misma. Yo no volví a estar con ella ni con ninguna otra. No tengo ningún derecho a pedirte que me creas, pero esa es la verdad.

»Tengo muchos problemas que resolver, Sofía. Para mí, yo no estoy casado porque yo no tengo una mujer como tal; simplemente tengo un papel y una vida que puedo perder si esos papeles llegaran a firmarse. Hasta que te conocí, no había pensado en mandarlo todo a la mierda y perderlo todo. Te prometo que nada me gustaría más que separarme, pero en este momento, eso no es posible. Tengo que mirar por el futuro de mi hijo.

—¿Por qué no me contaste nada?

—En un principio no pensé que fuera a pasar nada entre nosotros dos. Tú no estabas muy por la labor. Y, cuando descubrí que, en realidad, lo que te pasaba era que estabas herida, no pude hacerlo. Egoístamente, no quería separarme de ti. Tampoco me veía capaz de volver a hacerte sufrir.

—¿Y era mejor mentirme?

—No. Claramente, no fue lo mejor.

—Me gustaría creerte, pero no puedo.

—Lo sé. Y no sabes cómo me duele. —Tengo unas terribles ganas de llorar, así que, antes de que eso suceda, me levanto.

—¿Vas a dormir con Ales? —Él me mira desconcertado.

—¿Me dejarás?

—Sí. Creo que a mí también me vendrá bien descansar.

—Gracias. —Beso a Ales y se lo pongo en los brazos—. Cuídale. Si no, tendrás problemas. Cualquier cosa puedes llamarme.

—Descuida. Los hombres nos entendemos bien. Descansa.

Ellos se van a la habitación y yo me quedo durmiendo en la habitación de Ales. Y, cuando doy por hecho que ellos ya están lo suficientemente lejos, mi cuerpo se derrumba y comienzo a llorar. Lo que me ha contado no lo esperaba. ¿De verdad estaba dispuesto a dejarlo todo por mí? Ahora, por mi culpa, no puede separarse de esa mujer. Mi hijo no necesita nada de eso. Yo tengo un trabajo y las cosas no pueden ser así. Ya ha fastidiado su vida durante muchos años para que esa mujer siga amargándolo. Al final, Ana tenía razón y estar aquí era meterse en la cueva del lobo.

Estar aquí no me está haciendo ningún bien. Mi corazón va a tomar el mando en cualquier momento y no puedo permitirselo. Marcos y yo nunca podremos ser felices.

Capítulo 5

TE ECHO DE MENOS

De madrugada me despierto y me acerco a la habitación. Marcos está profundamente dormido y tiene en su pecho a Ales, que duerme de lo más a gusto con su papá. Me acerco, lo beso y miro la bonita imagen. Qué felices podríamos ser si la vida no se empeñara en complicar las cosas.

Ales empieza a llorar y lo cojo rápidamente antes de que despierte a Marcos.

—¿Pasa algo? —me pregunta Marcos.

—No. Solo he venido a ver cómo estaba el niño. Se ha puesto a llorar y no quería que te despertara.

—Me he asustado. Pensaba que le pasaba algo.

—Lo siento. No era mi intención.

—¿Te apetece un café?

—¿A estas horas?

—Bueno, también puede ser un vaso de agua.

—Vale. Voy a darle de comer a este pequeñajo y ahora mismo bajo.

—Ok. Te espero abajo.

Quince minutos más tarde bajo.

—¿Ya está? —pregunta Marcos.

—Sí. Ya se ha vuelto a quedar dormido. ¿Dónde está mi vaso de agua?

—¿Cómo lo quiere la señorita?

—Del grifo está bien. Gracias. —Nos reímos.

—Tienes cara de haber estado pensando mucho.

—¿Quieres la verdad?

—Ya lo sabes, siempre.

—No he pegado ojo. Me es muy difícil hacerlo sabiendo lo que sé en este momento. Y estar durmiendo pared con pared tampoco es que ayude mucho.

—Siento haberte contado todo. Pensaba que era lo mejor.

—Sí. Lo único que no lo esperaba. Tengo tantas cosas que colocar en mi cabeza que no sé por dónde empezar.

—Por el principio, Sofia. ¿Qué sientes?

—No creo que quieras saberlo.

—Te lo estoy preguntando.

—Siento que te odio. Que en ciertos momentos pienso que te estoy tratando mal, pero luego me doy cuenta de que eres tú el que me ha hecho daño. Me siento defraudada, dolida... Jamás pensé que tú pudieras engañarme.

—No voy a quitarme culpa, pero ya te he contado lo que ha pasado y cómo han sido las cosas.

—Sí, Marcos, pero, a pesar de todo lo que ella te ha hecho y aunque supiera el fin de esa relación, has seguido acostándote con ella. Con ella y con muchas más estando casado.

—No te lo he negado. Podría haberte engañado y decirte que no lo hacía. Pero te he dicho la verdad. Tú te acostaste conmigo y estabas enamorada de Álvaro.

—Eso es muy distinto. Yo ya no estaba con él. Yo no he engañado a nadie. Ni estaba casada.

—¿Sabes lo que creo? Que las cosas entre nosotros nunca se van a solucionar. Tu orgullo no te deja seguir hacia delante. Cuando te des cuenta de que estar casado con ella no es más que un papel quizás consigas perdonarme.

—A lo mejor tienes razón y las cosas entre nosotros nunca se van a solucionar. —Dejo la taza de café en el fregadero y subo a la habitación. Me acerco a Ales, que por suerte sigue durmiendo.

—¿Qué suerte tienes de no enterarte de nada, cariño! Creo que papá y mamá no van a llegar a entenderse nunca. —Unas lágrimas caen por mis mejillas. Marcos se acerca a mí.

—Odio verte llorar.

—Yo odio que me veas. —Me lleva hacia él y me abraza—. Quiero cuidarte, necesito hacerlo. —Yo dejo que lo haga. En este momento, no soy capaz de pensar y mucho menos de separarme de él. Le necesito de la misma manera que él me necesita a mí.

Cuando me despierto, me doy cuenta de que estoy atrapada por su brazo. Me tiene abrazada y, aunque quisiera, no podría salir de aquí sin despertarlo. Adoro mirarlo cuando duerme. Me parece tan frágil. Todavía no logro entender cómo un hombre como él apareció en mi vida y que, además, tenga ganas de quedarse. En este momento mi cabeza da vueltas pensando en la decisión correcta. ¿Guiarse por el corazón o por la razón? No puedo negar que su mentira me ha hecho un daño terrible, pero igualmente sé que él podría tapar el sol con una mano y que no me sería demasiado difícil perdonarlo. Estar tan cerca de él de nuevo me ha hecho perder la cabeza otra vez. Estoy enamorada y creo que de momento no tengo cura.

—Marcos, Marcos, despierta.

—¿Qué pasa?

—De momento, nada, pero si sigues acostado en mi brazo creo que terminará pasando.

—¡Joder! Lo siento. No me he dado cuenta.

—Lo he notado. Tengo que dar de comer al niño.

—¿Estás huyendo?

—¿En pijama?

—Tú eres capaz de huir hasta en bragas. —Ríe.

—¡Qué gracioso! Pues no. No voy a huir. —Le toco el pelo y se lo revuelvo. Me encanta hacerlo.

—¿Podrías hacerme un café?

—A sus órdenes, señorita. —Desde que anoche tuvimos esa conversación, yo me siento aliviada. Creo que necesitaba decirle lo que sentía, a pesar de que no le dije lo mucho que lo echaba de menos.

El fin de semana pasa rápido, pero aún nos quedaba una conversación pendiente.

—¿Cómo ha ido el fin de semana? ¿Ha sido tan horroroso como esperabas? —me pregunta.

—No. Claro que no. Lo he pasado bien y he tenido tiempo para poder descansar. Este chiquitín absorbe todo mi tiempo.

—Deberíamos coordinarnos para cuidarlo. Así tú tendrás tiempo para ti y podrás descansar.

—Sí. Pero no quiero separarme de él. Es muy pequeño, Marcos.

—No tengo problema con que te instales aquí.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—¿Por qué no? ¿Tan mal te trato?

—No. Me tratas genial. Pero sabes que sería un problema.

—Para mí no.

—¡No te hagas el tonto Marcos, por favor! Sabes que, sí me quedo, te será mucho más fácil seducirme.

—¿Y quién te ha dicho que yo quiera hacerlo?

—¡Eres un imbécil! —Me levanto, pero me coge del brazo y me lleva hacia él.

—¡Y tú una idiota! —me dice sonriendo.

—¿Eso soy para ti? ¡Suéltame!

—Tú eres toda mi vida. Tú y esa criatura sois la razón de mi felicidad en este momento. ¿Por qué crees que te invité a venir? Quería estar a tu lado, aunque no pudiera tenerte cerca, pero saber que estabas en la misma casa. Se ha vuelto demasiado grande para mí.

—Siempre ha sido grande.

—¿Qué difícil es ser romántico contigo!

—Nadie te ha dicho que lo seas.

—Está bien, nena, entonces pasaré a los hechos. —Me acerca a su cara y me besa. Hace suyos mis labios. Su lengua juega con la mía y yo no puedo resistirme. Necesitaba ese beso. Tenía tanta

sed de sus labios que ni por un momento pienso en separarme de ellos. Rodeo su nuca con mis manos; él me atrapa con su mano mi cadera y pega mi cuerpo junto al suyo. Puedo sentir su erección en mi tripa y mi clítoris en ese momento se está marcando unas sevillanas con castañuelas incluidas. Cuando nuestros labios saben a sangre, me suelta. —¿Qué te ha parecido esta explicación? ¿Mejor? —Pasa su lengua por su labio inferior y se ríe.

—Tienes pocos argumentos.

—Siento decirte que tu cara y tu cuerpo no dicen lo mismo, pero si quieres puedo seguir con la explicación hasta convencerte. Por suerte, mi hijo es sabio y se pone a llorar. Sabe que mamá está en peligro.

—Tengo que...

—Ves, tranquila.

Y así acaba nuestro fin de semana. Con explicaciones a destiempo, sentimientos a flor de piel y un calentón difícil de olvidar.

Capítulo 6

¿OLVIDAR Y PERDONAR?

Desde nuestro calentón en su casa, Marcos y yo no hemos vuelto a estar tan cerca. No he vuelto a su casa, y ninguno de los dos hemos tocado el tema. Entre semana viene a casa de Ana a visitar a Alessandro y cuando tiene algo más de tiempo se lo lleva a pasear. Yo aprovecho para poder descansar.

Ser madre no es fácil. Y Ahora sé a qué se refería la mía cuando me decía esa frase una y otra vez. A pesar de que es muy bueno. Dormir tres horas por la noche, tarde o temprano empieza a pasarte factura. Mi cuerpo pide descanso y tengo que admitir que la única vez que he podido descansar completamente ha sido en casa de Marcos.

—Sofía, me voy. Acuérdate de que no vuelvo hasta el lunes. ¿Estaréis bien? —dice Ana.

—Sí, pesada. ¡Vete ya o perderás el avión!

—Y tú llama a Marcos o lo perderás también. Os quiero —nos besa y se va. ¡Tiene mucha suerte! Se va a pasar el fin de semana a Londres a un evento de moda. Lo cierto es que trabaja muy duro para la revista. Y un viaje de vez en cuando a nadie le viene mal.

A pesar de que dudo varias veces, al final decido mandarle un mensaje a Marcos.

SOFÍA (11:00)

Hola. He pensado que a lo mejor te apetecía venirte a casa a cenar. Ana se ha ido de viaje y estamos un poco aburridos.

¿Le mando un mensaje porque estamos aburridos? ¡Punto para Sofia! Encima tengo suerte de que me conteste y todo.

MARCOS (11:04)

Hola, nena. Tengo trabajo. Si puedo ir tarde a esa cena..., me encantaría estar con vosotros.

SOFÍA (11:07)

Aquí te estaremos esperando. No te aseguro que no echemos una cabezadita.

MARCOS (11:08)

No me importa. Me encanta veros dormir. Luego te veo, nena.

¡Sí! Soy una boba. Una boba enamorada. Tengo amor por este hombre hasta en las pestañas. Quiero perdonarlo, quiero olvidar, quiero ser feliz, quiero que seamos una familia. Quizás haya llegado el momento de perdonar. ¿O no?

Marcos no llega y el niño y yo nos quedamos dormidos. Suena el teléfono.

—¿Sí?

—Hola, nena ¿Te he despertado?

—Me he quedado dormida en el sofá. ¿Qué hora es?

—Las once y media. Lo siento, nena. Tenía problemas en el hotel y acabo de terminar. Ya es un poco tarde para ir. ¿Me paso mañana?

—Si quieres puedes venir. Puedo calentarte la cena. El niño volverá a despertarse en un rato y puedes estar con él.

—¿No prefieres descansar?

—No te preocupes. Aquí te espero.

Y eso hago: esperarlo. Veinte minutos después llega a casa.

—Hola, nena. Lo siento, de verdad.

—No te preocupes. El trabajo es lo primero.

—Estoy agotado.

—Siéntate. Voy a calentarte la cena.

—¿Cómo ha estado el niño? ¿Cómo es posible que cada día lo vea más guapo? —reímos.

—Eso mismo me pasa a mí. Se llama «amor de padres». ¡Venga a cenar!

—Gracias.

—De nada.

—¿Y tú cómo estás?

—Bien. Echando de menos a Ana. Hacía tiempo que no se iba de viaje y la casa está muy sola sin ella. Supongo que me he acostumbrado a vivir con ella.

—¿Cuándo vuelve?

—El lunes.

—¿Por qué no os venís a casa?

—¿Por qué no te quedas tú?

—¿He oído bien?

—Sí. Quédate. Me gusta que estés aquí.

—¿Y eso que significa?

—Que voy a tratar de olvidar. Perdonarte te perdoné hace mucho tiempo. Pero me cuesta sacármelo de la cabeza. Tienes que darme tiempo.

—No te imaginas lo feliz que me haces con tus palabras.

—Quiero ir despacio. No quiero volver a sufrir. Pero quiero que te quedes conmigo aquí. Necesito volver a dormir contigo. Que me abrases y sentir que todo esto merece la pena.

—Claro que merece la pena amor. Yo te quiero. Sigo enamorado de ti. Nada ha cambiado.

—Lo sé, pero hay muchas cosas que solucionar.

—Las solucionaremos. Te lo prometo. Juntos todo será más fácil.

Me besa. Y quiero creer en sus palabras. Quiero creer que los problemas desaparecerán y que, por fin, la vida nos dejará ser felices.

Capítulo 7

UN PASO HACIA DELANTE

Cuando uno cree que ha encontrado el amor de su vida, hace lo que sea para retenerlo. Luchar por lo que realmente uno quiere es lo que da sentido a nuestra vida. Y eso es lo que yo pienso hacer. Luchar por lo que amo en este momento, que es Marcos y mi hijo. No quiero volver a separarme de él. Sé que dije que nunca lo perdonaría, pero en este caso mi corazón manda y él ya ha dictado sentencia. No voy a dejarlo escapar.

Sé que el camino no va a ser nada fácil, pero quiero pensar que lo que él me dijo es verdad, y que juntos será todo más fácil.

Un mes más tarde...

—Nena, tenemos que irnos —dice Ana.

—Voy. Coge al niño. Tengo que coger unas cosas de la habitación.

—Te esperamos abajo. No tardes, por favor.

Hoy es el día. Después de tanto buscar, he dado con la que será mi casa y la de mi rey. Hoy es el principio de una nueva vida. Una casa nueva, un volver a empezar...

—¡Es perfecta, Sofía! Me encanta. Pienso visitarte mucho este verano —dice Ana.

—¿Solo en verano?

—En verano traeré la maleta. Seré una inquilina más. La piscina me llama a gritos. —Reímos.

—¿Y a ti qué te parece, Marcos?

—Está muy bien —lo dice en tono serio. Sé que le pasa algo. Creo que la idea de que me compre una casa no le hace especial ilusión. Pero no puedo hacer siempre lo que la gente quiera. Tengo que empezar a dirigir mi vida.

La casa está en una pequeña urbanización. En una planta tiene todas las habitaciones, incluida la cocina y los baños. En la parte de arriba, una terraza con unas vistas preciosas. Desde allí se ve el precioso jardín y la piscina.

Nunca hubiera imaginado vivir en una casa así. Pero, en este momento, es lo que quiero. Quizá el único inconveniente que tenga es que hay que hacer una reforma; de ahí el precio tan barato. Voy

a tener que pedir un préstamo para eso. Y es lo que más preocupada me tiene. Si no consigo que me lo den, la compra habrá sido una locura.

De momento papeles firmados y otro pasito hacia delante.

Ya en casa...

—La casa es estupenda, Sofía. Creo que has tenido mucha suerte —me dice Ana.

—A mí también me gusta. Aunque no puedo negar que tengo un poco de miedo.

—¿Miedo por qué? —Marcos me mira extrañado.

—Porque es una casa que necesita una buena reforma si quiero vivir ahí. Eso no puedo incluirlo en la hipoteca. La única forma sería pedir un préstamo y no estoy muy segura de que me lo den. A lo mejor me he dejado llevar y me he precipitado.

—Pero ¿cuánto dinero necesitas para la reforma?

—Buff..., supongo que bastante. Las cañerías están destrozadas, la cocina..., en fin, que es mucho dinero. Con lo que saqué del piso no me llega para todo.

—Yo puedo dejarte dinero —dice Ana.

—No, no. Esto es una cosa mía. No quiero involucrar a nadie más.

—Chicas. Yo me marcho ya. Tengo cosas que hacer. —Besa al niño y luego me da un beso rápido a mí. Un beso que me hace saltar todas las alarmas. ¡Algo está ocurriendo!

—Ana, ¿puedes quedarte un rato con Alessandro? Voy a acompañar a Marcos. No tardaré nada.

—Tranquila. Voy a achucharlo un rato que tengo ganas.

Salimos de casa y Marcos tiene un semblante serio. Está claro que está molesto por algo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan serio? —pregunto.

—¿De verdad me lo estás preguntando?

—Claro. No sé qué ha podido pasar. Aunque puedo intuir que algo tiene que ver con la casa.

—Claro que tiene que ver con la casa, Sofía. Me siento apartado de ti. Has decidido comprarte una casa sin tan siquiera contar conmigo.

—¿Sin contar contigo? ¿Entonces por qué te he dicho que vinieras?

—También se lo has dicho a Ana.

—Esta vez quería comprarla sola. Ya tengo la experiencia de tener una propiedad con alguien y sabes lo difícil que se me ha hecho todo eso. Además, tú tienes tu casa. No necesitas ninguna más.

—Claro que tengo mi casa. Pero estamos juntos, o eso pensaba yo. Pensaba que eso suponía tener planes de futuro. Ya he visto que yo no estoy en los tuyos. —Sale del ascensor y se va.

—¡Marcos, espera! Vamos a hablar, por favor.

—¿Qué quieres hablar? Ya lo has dicho todo. Yo no entro en tu vida.

—¿Cuándo he dicho yo eso?

—El problema no es si lo has dicho o no, sino que lo has demostrado.

—Te dije que quería ir despacio. ¿Crees que ir despacio es meterse en una casa los dos?

—Yo te dije que te vinieras a vivir a mi casa y no necesitaba pensarlo ni ir despacio. Eso era lo que yo quería y tú, Sofía, ¿qué es lo que tú quieres?

—Estar contigo, pero necesito mi espacio.

—Yo no sé estar al cincuenta por ciento. Si no eres capaz de darme el cien por cien quizás sea mejor que no estemos juntos.

—¿A qué viene esto ahora, Marcos? Tú y yo ya habíamos hablado de este tema. Creía que estábamos de acuerdo.

—Sí. Hasta que me he dado cuenta de que no somos una pareja. ¡Vamos, Sofía! ¿No lo ves? ¿Cuándo pensabas decirme que estabas agobiada por la reforma de la casa? ¡Ni siquiera has pensado en que te preste el dinero! ¿De verdad eso es una pareja?

—¡Por fin llegamos al punto de tu enfado! Todo esto es por el dinero. No quiero que me prestes nada. Siempre he hecho las cosas sola. No quiero tener que cargar con eso.

—¿Cargar con que tu novio te deje dinero para una casa? ¡No te entiendo!

—No lo entiendes. Por primera vez quiero hacerlo sola. Hace años ya construí un hogar con una persona equivocada. No quiero que se repita la experiencia.

—Yo no soy como él. ¡No sé cuándo te va a entrar en la cabeza!

—Sé que no eres como él, pero tampoco puedo asegurar que lo nuestro dure para siempre. Nadie puede hacerlo.

—De acuerdo, Sofía. Me voy.

—¿Por qué? ¿Vamos a dejarlo así?

—Sí. Necesito pensar —me dice eso y se marcha. Vuelvo a sentirme una estúpida. ¿Seré yo la equivocada? ¿No tengo derecho a tener miedo? Él sigue casado. ¿Cómo voy a formar una vida completa con él si tiene otra paralela? Dicen que el amor todo lo puede, pero ¿esa es la realidad?

—¿Todo bien, nena? —pregunta Ana.

—No. Nada va bien. ¿Por qué siempre tengo que tener la sensación de que todo lo hago mal?

—¿Qué ha pasado?

—Marcos está enfadado porque no he contado con él para la compra de la casa. También porque no le he pedido ayuda con la reforma. No entiende que no quiero volver a equivocarme, que necesito hacer esto sola sin más.

—Sabes que mi amiga eres tú, pero también sabes que te digo las cosas como son. Y, esta vez, siento decirte que no te entiendo. Tienes al hombre de tu vida delante de tus ojos. Tenéis un hijo precioso, una vida por delante, y tú solo pones obstáculos entre vosotros. No te va a volver a pasar lo que te pasó con Álvaro porque Marcos no es él. Pero ¿Y si pasara qué? ¿Vas a dejar de vivir por miedo a que las cosas vuelvan a salir mal? Entonces mejor que estés sola, Sofía. Si no estás preparada para estar con alguien, con todo lo que ello conlleva, es mejor que cada uno siga su camino. Y te diré algo más: ese hombre te quiere de verdad. Te lo ha demostrado ya, pero desde luego te digo que, si yo fuera él, habría cogido la puerta hace mucho tiempo. No se puede

vivir a medias ni recordándole siempre lo que hizo, dando pasos hacia atrás. Si le has perdonado, olvida lo que pasó, y si no eres capaz de hacerlo, quizá es que no lo quieras tanto como piensas. Deja de vivir en el pasado. Allí ya no queda nada. Vas a perder al único hombre que te ha querido de verdad.

—¿Y qué tengo que hacer? ¿Volver a confiar al cien por cien en alguien que me ha engañado? ¿Hacer mi vida con alguien que no puede estar conmigo en todo? ¡Está casado, Ana! ¡Parece que se te ha olvidado! Te recuerdo que no tiene ninguna intención de separarse. ¿Cómo se plantea una la vida con alguien casado?

—Yo no tengo las respuestas. Solo él puede dártelas. Habla con él. Dile lo que te preocupa, lo que necesitas y, si no puede dártelo, entonces toma una decisión. Pero no dejes de hablar las cosas. Nunca dejes de hablar.

Capítulo 8

LAS COSAS NO SON TAN FÁCILES

Tarde o temprano tenemos que enfrentarnos a nuestros miedos. Solo de esa manera podemos seguir avanzando. Y eso es lo que yo estoy tratando de hacer: enfrentarme a aquello que me aterra. A respuestas que no sé si estoy preparada para escuchar, y decisiones que pueden ser muy difíciles de tomar. Soy valiente. Hoy es el día del todo o nada.

—Hola. ¿Cómo estás? —pregunta Marcos.

—Hola. Bien. Gracias por venir.

—¿Y el niño?

—Está bien. Se ha quedado con Ana.

—Cuéntame de qué quieres hablar. Me tienes intrigado.

—Supongo que tenemos una conversación pendiente. Desde que te fuiste de casa, no hemos vuelto a hablar.

—Te dije que quería pensar.

—Lo sé. Por eso no he querido agobiarte. Pero ahora necesito que me escuches y que, después de todo esto, tomemos una decisión. Tanto tú como yo.

—Me parece bien. Habla.

—Lo primero que tengo que decirte es que te agradezco que nuestros problemas nunca afectan a la relación con el niño. Para mí eso es lo más importante. Y, centrándonos en el tema, solo puedo decirte que siento cómo te he tratado durante los últimos meses. No quiero excusarme de nada, pero, para mí, no están siendo unos meses fáciles. Romper con una vida, salir de la que era mi casa, enterarme de que estaba embarazada, enterarme de que estabas casado, ser madre. Mi vida ha dado un giro inesperado y me está costando mucho centrarlo todo.

»Hace unos meses, me parecía inviable perdonarte, pero me he dado cuenta de que, cuando se quiere de verdad, eso está por encima de cualquier cosa. Tú me has demostrado que me quieres. Siempre me has cuidado. Y, si de verdad me engañaras, supongo que me habría dado cuenta. Pero, a pesar de todo eso, hay algo que no ha cambiado y es el hecho de que estás casado. Lo que me duele es que tampoco has hecho nada por solucionarlo. Ese es uno de los motivos por los que yo no puedo hacer planes contigo. Tengo mucho miedo de que vuelva a pasarme lo mismo. Por eso

trate de no involucrarte en el tema de la casa. No podría volver a pasar por eso, y mucho menos con el niño de por medio ahora. Tampoco puedo porque el tema de que estés casado no ayuda mucho. No puedo tenerte al cien por cien para mí. ¿Y si algún día yo quisiera casarme? ¿Qué vas a hacer? ¿Has pensado en eso? ¿Has pensado en mí? ¿En cómo me siento? No te has puesto en mi lugar. No imaginas lo que sufro al saber que estás casado, que, aunque yo crea que te tengo para mí, es ella la que te tiene atado. Que no quieres separarte de ella. Pero no sé si es por miedo a perderlo todo o porque hay algo que a mí se me escapa. Tengo miedo. Mucho miedo. Por eso voy con pies de plomo, muy despacio y poniendo barreras entre nosotros. Mi corazón ya está dañado y está tratando de recuperarse. Si volvieran a hacerme daño, no sé si lo soportaría. Esa es la verdad.

—Mira, Sofía, podría decirte lo que quieres escuchar, pero eso sería volver a engañarte. Las cosas son más complicadas de lo que puedes imaginar.

—Entonces, ¿por qué me dijiste que solo era un papel? Si de verdad lo fuera, lo firmarías y punto.

—Hay muchas cosas en juego.

—Tú dijiste que, si yo te pidiera que lo dejaras todo, lo harías.

—Sí, lo dije. Pero ahora no puedo. No ahora que también está en juego el futuro de mi hijo. Tienes que darme tiempo.

—¿Tiempo para qué? ¿Para seguir siendo la otra? ¿Para que ella siga teniendo derecho sobre ti? No, Marcos. Así no funcionan las cosas. Tú me echas en cara que no cuento contigo, pero ¿y tú? ¿Sabes lo que creo? Que en realidad no tienes ninguna intención de separarte. Te atan demasiadas cosas a ella y yo no estoy dispuesta a compartirte con nadie. Lo siento.

—¿Qué tiene que ver lo mío para que pensemos en una vida juntos?

—¿Qué tiene que ver? Todo. Tiene que ver todo. No puedo pensar en una vida contigo si no estás dispuesto a dármelo todo. No voy a volver a arriesgarme de nuevo. Puede que vuelva a quemarme, pero nunca por poner la mano en el fuego intencionadamente. ¿Lo entiendes?

—Son tus miedos los que no te dejan seguir. Yo no he dicho que no vaya a separarme. Solo te he dicho que me dejes un poco de tiempo para poder hacerlo.

—¿A qué llamas tiempo? ¿Días, meses, años, Marcos?

—Tiempo sin más, Sofía.

—No sé si podré hacerlo.

—Tú tienes la última palabra. Yo no voy a engañarte. En este momento no voy a divorciarme. Y nada tiene que ver con sentimientos o amor. Sabes que mi amor es solo tuyo.

—Déjame pensarlo. Necesito colocar mis ideas y pensar si realmente me compensa todo esto.

—Hazlo. —¿Por qué todo tiene que ser tan complicado? Empiezo a pensar que mi vida no está hecha para el amor.

Capítulo 9

AMOR, RAZÓN, DECISIÓN

Marcos y yo hemos seguido viéndonos por el niño, pero nuestra relación es solo de cordialidad. Yo no he podido tomar ninguna decisión todavía y él lo respeta.

Después de un par de días sin verlo, recibo una llamada un tanto extraña del hotel. No puedo evitar sorprenderme al oír que Marcos quiere verme a las cinco en el hotel y, ante mi incredulidad, la chica del teléfono me dice que tiene mucho trabajo, que le ha pedido, por favor, que contacte conmigo y que me cite aquí. Cuando cuelgo, no puedo dejar de sentirme un poco descolocada. ¿Por qué no me ha llamado él, como siempre hace? No consigo entenderlo, pero aun así a las cinco estoy allí.

Saludo en la recepción y la chica me acompaña a una de las salas. Y, para mi sorpresa, no es Marcos el que me está esperando. ¡Agárrate, Sofía, que vienen curvas!

—Hola, Sofía. Gracias por venir. Toma asiento —me dice Fiorella.

—Si hubiera sabido que eras tú la que quería verme, te aseguro que no hubiera venido.

—Lo sé. Por eso te cité de parte de Marcos.

—Yo no tengo nada que hablar contigo.

—¿De verdad lo crees?

—Sí.

—Hazme caso. Siéntate. Esto te interesa. —Me siento. Veamos qué tiene que decirme.

—Lo primero que tengo que decirte es que Marcos no está al tanto de esto. Pero también sé que él jamás te diría lo que yo voy a decirte. Mira, Sofía, yo entiendo que tú te hayas enamorado. Marcos es un hombre muy guapo, tiene dinero y un negocio que crece solo. Supongo que eso le hace mucho más atractivo. Pero yo soy su mujer desde hace años y no voy a dejar que una niñata y su hijo bastardo me quiten lo que me ha costado tanto construir. Marcos no va a separarse de mí nunca. ¿Me has entendido? Nunca. Jamás me dejaría sola. Aunque no lo creas, soy importante para él y lo seguiré siendo toda la vida. Supongo que te habrá dicho que te quiere, pero eso no es suficiente. Porque, créeme, no dejará todo lo que tiene por ti. —En el momento en que dice eso, me doy cuenta de que tiene razón. Él mismo me lo dijo, que no puede dejarlo todo.

»Poseo el cincuenta por ciento de todo, Sofía. Si él me deja, el hotel se iría a pique. Eso o

tendría que comprarlo por una suma de dinero que ni tú misma has imaginado nunca. Este hotel es de su familia. No va a perderlo por un calentón en las pelotas, créeme. ¿Estás dispuesta a que alguien pierda todo por ti? Aunque él se separe, no quedará nada para ti. Ni siquiera le quedaría dinero para poder seguir con otro negocio.

—A mí no me interesa su dinero. Supongo que esa es la gran diferencia entre tú y yo.

—¡Ay, Sofía! La gran diferencia entre tú y yo es que yo lo tendré para siempre y tú tienes que conformarte con tenerlo por ratos.

—No me importa. Lo vuestro es solo un papel. Yo tengo la suerte de tenerlo todas las noches en mi cama.

—¡Ay, niña, es a lo único que puedes aspirar con él! Tú no puedes darle la vida que yo le ofrezco. Tarde o temprano volverá a mí. Tú eliges: o le arruinas la vida para siempre o te apartas y lo dejas ser feliz.

—¡Eres una arpía que lo único que quiere es su dinero y nada más!

—No he perdido tantos años de mi vida para que tú vengas a quitarme todo. Dime, ¿qué decides?

—No tengo nada que decidir. No voy a dejar que te salgas con la tuya.

—Entonces voy a por todas. Tú y tu hijo os vais a quedar sin nada, y Marcos estará destruido. Vas a acabar con él. No imaginas lo importante que es esto para él. De verdad, Sofía, piénsalo, querida. Recapacita. Hay millones de hombres. Eres mona; no te costará trabajo encontrar a otro. Nadie te mandó a meterte en un matrimonio ¿No te enseñaron que una no debe meterse con hombres casados? —En ese momento solo tengo ganas de decirle que yo no sabía que estaba casado. De haber sido así, jamás me habría fijado en él. Pero a veces es mejor callar—. Piénsalo. Si decides alejarte, podría darte una compensación económica para que tu mocoso y tú viváis cómodamente.

—No necesito tu dinero.

—Piénsalo. Consultado con la almohada. Estoy segura de que recapacitaras y reconsideraras tu decisión. Volveremos a vernos, Sofía.

—No tengo ninguna intención de que volvamos a vernos nunca más.

—Lo haremos; estoy segura. Encantada de haberte conocido, Sofía.

—Siento no poder decir lo mismo. —Salgo de allí mirando hacia cualquier rincón del hotel. Lo menos que quiero en este momento es encontrarme con Marcos.

Llamo a Ana para preguntarle si le importa quedarse un rato más con Alessandro. Necesito tiempo para estar sola. Tengo que pensar todo lo que esta maldita mujer me ha dicho y en qué es lo mejor para todos.

Ando alrededor de media hora, hasta que al fin decido sentarme en un banco. ¿Qué debo hacer? ¿Debo alejarme? ¿Puedo vivir con alguien que está destinado a estar casado siempre? Ella nunca lo dejará libre. Y, si él se separa, lo perderá todo. Yo no quiero que lo haga. No quiero tener que cargar con ello. Pero también reconozco que me da rabia que él mismo no sea capaz de hacerle

frente, de separarse de ella a pesar de todo. ¿El amor no es arriesgarse? ¿Por qué tiene tanto miedo? Que no lo haga, a veces, me da que pensar que quizás su amor por mí no sea tan grande. Yo, en cambio, estoy dispuesta a alejarme de él para siempre. A perder el amor de mi vida solo porque él sea feliz. Sé lo que le ha costado el negocio. Y lo peor de todo es que también está su familia de por medio. Serían demasiadas personas destruidas por mi culpa. No quiero ser egoísta. Quizás, nuestro momento pasó y no estemos destinados a estar juntos.

¿Por qué nunca pueden salirme bien las cosas? Creía que tenía una vida perfecta y de repente descubro que, después de tantos años, la persona de la que estaba enamorada me deja para irse con otra. Vuelve y, tonta de mí, lo perdono, aunque en ese momento, mi corazón ya pertenecía a Marcos. Pero, si la cosa no estaba suficientemente liada, me quedo embarazada. Y, cuando parece que vuelvo a ser feliz, el destino se empeña en ponerme otra piedra en el camino. Otra mentira más. Y ahora tengo que decidir si quiero ser feliz con el hombre que amo o, por el contrario, dejarlo ir para que no pierda su vida. Creo que la decisión está clara. Tengo que dejarlo ir porque, después de todo lo que ha pasado entre nosotros, si no hemos conseguido ser felices, no lo vamos a ser nunca. He empezado a pensar que lo nuestro ha dejado de ser un amor imposible. El amor ha vuelto a ganarme la batalla.

Capítulo 10

TÚ NO ERAS PARA MÍ; YO NO ERA PARA TI

Llevo varios días pensando en qué decirle a Marcos. No sé ni siquiera si seré capaz de hacerlo. Juré que no alejaría al niño de su lado. Pero si de verdad quiero alejarme de él, no puedo volver a verlo. Eso me destrozaría por dentro.

He hablado con Ana varias veces y, por supuesto, ella no está de acuerdo con lo que voy a hacer, pero yo sé que es lo mejor. No creo en nuestra felicidad. No puedo arrebatarse su vida sin saber si las cosas van a salir bien; no estoy dispuesta a arriesgarme.

Después de días pensando, quedo con él en una cafetería y me llevo al niño. Llegó el momento de ser fuerte.

—Hola, nena. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. He estado muy liado con el trabajo, pero bien. Te he llamado varias veces esta semana, pero no lo has cogido. Quería acercarme a ver al niño, pero no sabía si te apetecería.

—He estado algo liada esta semana. Por eso no he cogido el teléfono. Pero estoy aquí para hablarte de algo importante.

—Tú dirás. ¿Ha ocurrido algo?

—Lo cierto es que sí. Llevo varios días pensando en cómo decirte esto. No vamos a volver a vernos, Marcos. He decidido que no quiero una vida contigo. Tampoco quiero que nos sigamos viendo como hasta ahora. Esa es mi decisión.

—¿Y a qué viene eso? No vas a alejarme del niño si es lo que pretendes decirme.

—Sé que te lo prometí, pero ahora las cosas son distintas.

—¿Distintas en qué?

—Yo... he vuelto con Álvaro, Marcos. Le he contado la verdad y quiero empezar de cero con él de nuevo. Me merezco ser feliz y darle una familia a mi hijo. —La cara se le descompone y aprieta las manos fuerte. Por su cara sé que no está contento con lo que le acabo de decir. Sé que una mentira no es lo mejor, pero también sé que es la mejor salida en este momento.

—¿Qué estás diciendo? No te creo. Eso no puede ser verdad.

—Es la verdad, Marcos. Después de la charla que tuvimos tú y yo, me di cuenta de que lo nuestro no tenía futuro y, presa del dolor, lo busqué. Hablamos y decidimos darnos una oportunidad.

—¿Lo quieres, Sofía? —¡Eres un imbécil! Todavía no entiendo cómo puedes creer que, después de todo, vaya a volver con él.

—Sí. Supongo que nunca he dejado de hacerlo. Entenderás que no podemos seguir viéndonos.

—¿Vas a apartarme del niño por qué ese hijo de puta ha vuelto a aparecer? ¿Después de todo lo que te ha hecho, Sofía? ¿En qué piensas? ¿Cómo puedes seguir queriéndolo? ¿Qué pasa con nosotros?

—No hay nosotros. Quiero intentarlo. Lo mejor es que cada uno siga con su vida, Marcos.

—No puedes hacerme eso. Sabes perfectamente lo que significa ese niño para mí. No voy a permitir que lo alejes de mi vida, Sofía. —Empieza a subir el tono de voz y veo la furia reflejada en sus ojos. Tengo que irme o acabaré confesándole la verdad.

—Lo siento, Marcos. Tengo que irme. —Se acerca al niño y lo abraza.

—No pienso alejarme de él. Voy a luchar con todo lo que tengo. No voy a consentir que lo alejes de mí por culpa de ese cabrón.

—No compliques más las cosas, por favor.

—Eres tú la que las ha complicado.

—Lo siento. Que seas muy feliz.

—Siento no desearte lo mismo. Sé que él no te va a hacer feliz. No sabe hacerlo. Vas a volver a equivocarte. —No contesto y me alejo de él, pero me coge del brazo.

—Dime la verdad, Sofía. Sé que no lo quieres.

—Esa es la verdad. Si no te lo crees, es problema tuyo. Déjame ser feliz, por favor. Contigo eso no va a ser posible —lo digo y me voy. Me alejo de él para siempre. Sé que he hecho lo correcto. Aunque duele, duele mucho.

Marcos

¡Ha vuelto con ese hijo de puta! ¡Ha vuelto otra vez con él! ¿Cómo es posible que lo haya hecho? Hay algo que sé que se me escapa. Aunque ella volviera con él, nunca me alejaría de mi hijo. Sabe perfectamente lo que significa ese niño para mí. ¡Ese hijo de puta quiere alejarme de mi hijo! Pero no lo va a conseguir. No pienso consentirlo. ¡Por encima de mi cadáver!

Cojo el teléfono y llamo a Susana.

—Hola, Susana. Soy Marcos. Necesito un favor. ¿Crees que si te doy unos datos podrás encontrar a alguien?

—Por supuesto. Lo que necesites. Dime.

—Es Álvaro Castro. Te mando los datos por e-mail.

—Ahora mismo me pongo con ello. En cuanto lo tenga, te llamo.

—Gracias, Susana. Te debo una.

—Ok. Me debes un café. —Cuelgo y le mando el e-mail con los datos de ese cabrón. Necesito que me consiga la dirección de su casa. Cuando volvió con Sofía estuve investigando quién era ese tipo. Pero ahora quiero hacerle una visita. Necesito una charla con él.

Sofía

No he parado de llorar desde que he dejado a Marcos en el bar. Por suerte, él no me ha visto. Aunque esté rota por dentro, sé que he hecho lo correcto. Solo me duele haberlo engañado con el tema de Álvaro, pero sé que, de otra manera, jamás se habría apartado de mi lado. Cuando llego a casa no puedo parar de llorar. Ana no se aparta de mi lado.

—No me gusta verte así, Sofi. Te dije que no tenías que hacerlo. Esa mujer no puede aparte de él solo porque estén casados, nena. Las cosas no son así. Él te quiere.

—Yo sé que me quiere, pero para mí eso se ha quedado corto. Lo necesito conmigo. ¿Qué pasa si yo el día de mañana quiero casarme?

—¿Piensas que va a estar toda la vida casado con ella? Te pidió tiempo. Ni siquiera se lo has dado.

—No quiero tiempo para seguir enamorándome más de él y que después esto duela mucho más.

—¿De verdad no te duele lo suficiente ahora? Deberías de llamarlo y solucionarlo.

—No. Ya no tiene arreglo, Ana.

—¡Por favor, Sofía! ¿Cómo no va a tener arreglo?

—No. Le he dicho algo que jamás me perdonará.

—¿Qué?

—Que iba a volver con Álvaro. En realidad, que había vuelto con él. Que le había contado toda la verdad.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo, Sofía? ¡No habrás sido tan tonta de decirle eso!

—Sí. ¿Qué querías? Era la única manera de que se apartara de mí.

—No te reconozco, Sofía. Tú no eres así. Tú... No sé en qué te has convertido. Odiaste a Álvaro por engañarte y te dolió más todavía que Marcos te mintiera sobre su matrimonio. ¿Y tú? ¿Le mientes diciendo que has vuelto con el hombre que tanto daño te hizo? Lo siento, Sofía, pero es imposible que yo te apoye en algo semejante. Lo siento, pero no. —Se levanta y se va. Sé que tiene razón. Que yo, la que odiaba que me mintieran, lo he hecho. Pero no ha sido para hacerle daño. Solo quería que se apartara de mí. Siento que haga lo que haga, siempre voy a hacerlo mal. A mí también me duele haberlo engañado. Pero ¿por qué nadie se pone en mi lugar? Solo estoy haciendo lo mejor para él y para su familia.

Capítulo 11

CON PEQUEÑAS MENTIRAS SE DESTRUYEN GRANDES AMORES

Marcos

Por fin tengo todo. Susana siempre encuentra todo lo que la pido. Y es que hay que tener amigos hasta en el infierno. No puedo perder tiempo. Tengo la dirección de la casa de ese cabrón y cuando me asegure de que Sofía no está allí, entraré y le pondré las cosas muy claras. No va a quitarme a mi hijo por mucho que sea su padre. Yo lo querido desde el momento en que supe que Sofía estaba embarazada, aun sabiendo que no era mío.

Cojo mis cosas y me voy al coche. Tengo unas terribles ganas de partirle la cara a ese cabrón.

Media hora más tarde llego a la que parece su casa. No veo el coche de Sofia. Y, por lo que me ha contado Susana, él sale de trabajar a las seis. Debe estar a punto de aparecer.

«¡Tienes que controlarte, Marcos! ¡Sí Sofía cree que este cretino puede hacerla feliz, déjala que lo sea!». Eso es lo que intento decirme a mí mismo. Pero la verdad es que nunca entenderé por qué ha vuelto con él. De verdad yo estaba convencido de que ella me quería, que, a pesar de todo, estaba enamorada de mí. Salgo de mis pensamientos cuando veo aparecer el coche. Es él. Aún recuerdo el día que fui a buscar a Sofia y ella iba con él. Y por desgracia tengo las mismas ganas de matarlo que aquel día. Me bajo del coche y me dirijo a él.

—Hola. ¿Álvaro?

—Sí. Soy yo. ¿Tú quién eres? ¿Nos conocemos?

—Yo a ti más de lo que me gustaría. Tú a mí, no lo creo. —Me mira de arriba abajo.

—Espera un momento... ¿Tú eres el novio de Sofia? Pero no entiendo que haces aquí.

—¿De verdad no lo sabes? ¿No puedes imaginártelo?

—No. No sé qué coño haces esperándome en la puerta de mi casa como si fueras un matón. Yo no tengo nada que hablar contigo. Lo siento.

—Te puedo asegurar que ganas de partirte la cara no me faltan, pero por suerte estoy tratando de controlarme. Pero no colmes mi paciencia, Álvaro. No creo que te convenga.

—Dime lo que tengas que decirme y lárgate de una vez. —¿Qué le pasa a este tío? Después de todo solo me falta que se ría en mi cara.

—Solo voy a decirte que no pienso dejar que me separen de mi hijo. Tú serás su padre, pero solo porque la vida así lo quiso. Yo lo he querido desde el primer momento. Y que hayas vuelto

con Sofia no quiere decir que yo vaya a quedarme a un lado. Pienso luchar hasta el final. No es por asustarte, pero tengo los mejores abogados. Espero que estés acostumbrado a perder. —Veo cómo su cara se queda pálida y sus ojos están desencajados—. Veo que vas a entrar en razón, ¿no?

—¿Un... hijo? ¿El hijo de Sofia es mío? ¡Dios mío! ¡Soy padre! —¿Cómo? ¿No lo sabía? Sí Sofia...

—¿Te estás haciendo el tonto? Ella te lo ha pedido, ¿verdad?

—Mira, Marcos. No sé qué haces aquí. No sé de qué me estás hablando. Solo sé que no me ha contado eso. Pero creo que tenemos muchas cosas que aclarar. Entra, por favor. No quiero hablar esto en la calle. —Le sigo. Estoy desconcertado. No entiendo nada. ¿De verdad él no sabe nada de Sofia? ¿Entonces por qué ella me ha dicho que estaban juntos?

—Toma asiento. ¿Quieres tomar algo? ¿Una cerveza?

—Sí. Gracias. —Me tiende la cerveza y se sienta enfrente de mí.

—Empieza desde el principio porque creo que tengo muchas cosas que saber.

—No soy yo el que tiene que decirte nada. Está claro que he metido la pata. ¿De verdad no sabes nada de Sofia?

—No. Ya te he dicho que desde la venta de la casa no sé nada de ella. Y de eso hace ya muchos meses. Ni siquiera he tenido una llamada suya. La última vez que la vi estaba embarazada. Me dijo que estaba bien con su pareja. Yo le dije que me parecía muy pronto para quedarse embarazada. Supongo que ese hombre eres tú. ¿Por qué no me dijo que ese niño era mío? Tengo derecho a saber que soy padre.

—Eso es una decisión suya. Y esas explicaciones le corresponde a ella dártelas. Yo solo te puedo decir que ese niño lleva mis apellidos. Que, para mí, esa criatura es mía. Y que por nada del mundo quiero que me separen de ella.

—¿Entiendes lo difícil que es saber que la persona con la que has pasado cinco años de tu vida te engañe en algo así? ¡Joder, que soy padre! ¿No pensaba decírmelo nunca?

—Supongo que es igual de difícil que enterarte de que tu pareja te engañaba, ¿no?

—Eso es un golpe bajo. Yo ya pagué por eso. La pedí perdón y traté de volver con ella. Si hubiera sabido que estaba embarazada, jamás me habría ido de su lado.

—Eso no es lo que dice ella. No hiciste unos comentarios muy afortunados al respecto.

—¡Mierda! Claro que no. Estaba dolido. Yo la quería y la perdí. Pero enterarme de que había rehecho su vida con otro tío y que, además, estaba embarazada me sentó como un jarro de agua fría.

—Conmigo no tienes que justificarte. Me importa una mierda lo que pienses en realidad.

—Sofia me va a oír. Te lo aseguro.

—No puedes decirle nada.

—¿Cómo qué no? Me ha ocultado que soy padre y le ha dado los apellidos de otro hombre a mi hijo. Esto no se va a quedar así. Lo siento. Esto tiene que destaparse. Tampoco entiendo por qué te dice que está conmigo cuando ella misma no quiere saber nada de mí.

—Yo tampoco, pero tranquilo que lo averiguaré. Tengo que marcharme. Pero que sepas que lo que te he dicho sigue en pie. Que seas su padre no cambia nada. Pienso luchar por él.

—Bien. Entonces prepárate para perder. Porque la ley me amparará. Ese niño es mío. Tengo todo el derecho de estar con él. —No aguanto más y le cojo del cuello—. Mira, imbécil. No te lo diré dos veces. Ese niño no va a crecer con un padre que renegó de él. Te lo aseguro. Voy a luchar hasta el final. Y ya te lo he dicho: no me gusta perder.

—No vuelvas a tocarme o...

—¿O qué? No te tengo ningún miedo.

—¡Lárgate de mi casa! —Y eso hago. Largarme de ahí. No tengo ninguna intención de seguir viéndole la cara a semejante personaje. Voy a ir a casa de Sofía y va a darme una explicación. Tiene que darme una explicación.

Por fin llegué a su casa. Y, después de llamar varias veces, me abre.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta

—Tenemos que hablar.

—Creía que ya lo habíamos hablado todo.

—¿Vas a dejarme pasar o montamos el espectáculo aquí fuera? —Me mira con mala cara, pero me deja pasar.

—Dime lo que sea. Tengo muchas cosas que hacer.

—¿Y el niño?

—Está con Ana en la habitación.

—Bien. Tranquila, seré breve. Solo necesito una respuesta y me iré.

—Soy toda oídos.

—¿Por qué cojones me has engañado? ¿Por qué me dijiste que habías vuelto con él si era mentira?

—No es mentira.

—¿Vas a seguir engañándome en mi cara, Sofía?

—Yo no engaño a nadie. No sé a qué viene todo esto.

—Vengo de casa de Álvaro. ¿Puedes imaginarte lo que me ha dicho? —Su cara lo dice todo. No esperaba que yo me enterara de la verdad—. Dime, Sofía. ¿Vas a seguir con la mentira?

—Yo...

—¿Tú qué, Sofía? ¿Por qué tenías que engañarme? ¿Esa era tu venganza? ¿Hacerme daño con lo que sabías que más podía dolerme?

—Lo siento. Yo solo lo he hecho por el bien de los dos.

—¿El bien de quién? ¿Hacerme sufrir te parece hacerme bien?

—Tú no entiendes nada.

—Desde luego. En eso estamos de acuerdo.

—Yo tampoco entiendo a qué has ido a casa de Álvaro.

—A decirle que no iba a separarme de mi hijo. Pensando que él estaba enterado de todo.

—¿Qué? ¿No le habrás contado la verdad?

—Yo pensaba que lo sabía. Te recuerdo que tú misma lo dijiste.

—¿Cómo has podido hacerme eso? Ahora vendrá a pedirme explicaciones. No tenías ningún derecho a meterte en mi vida.

—Yo no le explicado nada. Solo creía que él lo sabía. Estaba tratando de defender lo que es mío. La culpa solo es tuya. No deberías de haberme mentido.

—Y tú no deberías de haber ido a hacerte el machote delante de él. Tú y yo dejamos las cosas claras. Creía que te había quedado claro que te quería alejado de mí.

—Te hubiera bastado con decírmelo. Sin mentiras de por medio.

—Te mentí porque no vi otra salida. Pero tú no deberías de haber ido a hablar con él.

—Desde luego que no es de lo que más orgulloso me siento. He quedado como un gilipollas delante de él. Pensaba que las cosas entre nosotros eran diferentes. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—¿Qué vienes a reprocharme! ¡Me has tenido engañada meses! Y si no hubiera sido por la conversación que escuche en el hotel, jamás me lo hubieras contado. ¿De verdad vienes a darme lecciones sobre sinceridad? ¡Vete a la mierda, Marcos!

—Por supuesto que sé que te engañé. Pero te expliqué la situación. No puedes hacerme culpable toda la vida.

—Tú me mentiste desde el principio. Lo mío ha sido para...

—¿Para qué, Sofia? ¿Para alejarme de ti? ¿Por qué no me perdonas que esté casado? ¿Es eso? Quizás yo no haya sido sincero desde el principio, pero te he demostrado que de verdad te quiero y que estoy contigo. Pero a ti parece que eso no te basta. ¿Qué es lo que te interesa, Sofia? ¿El dinero? Porque no veo el sentido de que no puedas esperar para separarme.

—¿Dinero? ¿De verdad me crees capaz de eso? ¡Eres un cabrón! A mí jamás me ha interesado tu dinero. ¿Y sabes qué? Que algún día te arrepentirás de tus palabras, pero ya será demasiado tarde.

—No lo creo. Resuelve tu vida, Sofia. Te quejas de que todo el mundo te engaña, pero deberías mirarte en un espejo. Nada en tu vida es verdad. No le has dicho la verdad al padre de tu hijo, lo has tenido engañado durante meses por puro egoísmo tuyo. Es un cabrón sin sangre, sí, pero tampoco tenías derecho de ocultarle algo así. A mí me has engañado, me has hecho creer que seguías enamorada de él. Y quizás hubiera entendido que quisieras contarle la verdad del niño. Pero hacerme creer que seguías enamorada de él después de todo lo que te ha hecho... Tu vida es una mentira. Y cuando desenredes toda la mierda, te vas a ver sola. Tú has ganado. Yo me voy de tu vida. Has destruido todo nuestro amor en segundos. Lo que he tardado en enterarme de la verdad. No quiero una persona a mi lado que es capaz de engañarme como tú lo has hecho. Hacer daño es gratuito y, créeme, todos sabemos hacerlo. Espero que seas muy feliz, que logres aclararte

y que tu vida deje de ser una mentira constante. Otra cosa, no quiero volver a verte en mi vida, pero ni pienses que voy a renunciar a mi hijo. Voy a por todas. Ni tú ni ese miserable vais a conseguir quitarme de en medio. Espero que volváis a estar juntos. Lo cierto es que los dos sois tal para cual. —Cojo la chaqueta y salgo, pero ella me coge del brazo.

—Yo...

—No digas nada Sofia, de verdad. No hace falta. Entre tú y yo las palabras ya no sirven de nada.

Capítulo 12

NO DEBÍ MENTIRTE

No puedo creer que se haya ido y no me haya dejado explicarme. ¡Yo también tenía cosas que decirle! Si supiera la verdad, no habría sido capaz de juzgarme así. ¡Todo lo he hecho por él! ¡Por su familia!

—Te lo dije, Sofia —me dice Ana. Cuando me lo dice, mis ojos se llenan de lágrimas y ella me abraza.

—¿Qué voy a hacer ahora? ¿Cómo voy a arreglar esto? ¿Qué voy a decirle a Álvaro?

—No sé, nena. Yo tampoco sé cómo ayudarte. Creo que Marcos tiene razón y tienes que decir la verdad. Y no solo me refiero a Álvaro. Tienes que hablar con Marcos y contarle porque lo has hecho. Tienes que contarle que esa mujer te amenazó con dejarlo sin nada.

—No puedo hacer eso.

—Entonces lo perderás para siempre.

Esa misma noche cuando estoy durmiendo recibo una llamada. Cojo el teléfono sin ver quién es y me asusto todavía más cuando descuelgo.

—¿Sí?

—¿Te he fastidiado el polvo con tu amigo?

—¿Marcos? ¿Has bebido?

—Sí. Pero poco. Lo necesitaba para olvidarme de todo lo que ha pasado hoy. Estás con él, ¿verdad?

—No, Marcos. No estoy con él. Yo no tengo intención de volver con él. No lo quiero.

—No tengo por qué creerte. Eres una mentirosa.

—Quizás lo sea, pero algo sí que es verdad y es que te quiero.

—Cuando se quiere, no se miente, Sofia.

—Eso mismo podría decirte yo a ti.

—Yo no te conté la verdad porque para mí no era importante.

—No solo no me lo contaste a mí, sino que, cuando Ana te entrevistó, recuerdo perfectamente

que te pregunto sobre tu vida sentimental y tampoco se lo contaste.

—¡Ay, Sofía! ¡Claro que no lo dije! A veces se me olvida que estoy casado. Solo es un matrimonio de intereses, nada más. Siento haberte llamado.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque quería saber si estabas con él.

—¿Y tú dónde estás?

—Por ahí.

—¿Por ahí dónde, Marcos? Voy a buscarte.

—No. No hace falta. Puedo irme a casa solo.

—No quiero que te pase nada. Dime dónde estás.

—Creo que no tiene sentido nada ya.

—¡No digas tonterías! Tienes a tu familia. Tienes a tu hijo...

—Lo tenía. Tú me has apartado de su lado.

—Sí. Y me equivoqué. Pero sé lo importante que es para ti, igual que tú lo eres y lo serás siempre.

—Sabes dónde darme, ¿verdad?

—Solo quiero que me digas donde estás.

—Estoy fuera de Bancuk, ¿Sabes dónde está?

—Sí. No te muevas de ahí. Llego en quince minutos. —Cuelgo y voy a la habitación de Ana.

—Nena, no te asustes. Me voy a recoger a Marcos. Ha bebido y me da miedo que coja el coche. ¿Puedes irte a dormir a mi habitación y estar con Alessandro?

—Sí. Tranquila. ¿Todo bien?

—Sí. Eso espero.

—¿Y si quiere comer?

—Hay dos biberones en la cocina. Anoche me saqué leche.

—Vale. Vete tranquila; yo cuido de mi chico.

—Gracias. Te debo mucho.

—Venga, vete.

Y eso hago. Cojo un pantalón, una camiseta, y me voy. No quiero que Marcos haga ninguna tontería. Quince minutos más tarde estoy en el pub. Le veo apoyado en el coche. Le pito. Se acerca al coche y se sube.

—Hola. Gracias por venir —me dice.

—Hola. No tienes por qué dárme las gracias. Tú me has cuidado muchas más veces que yo a ti. No puedes beber de esta manera, Marcos. Podría haberte pasado algo.

—¿Crees que me importa?

—Debería de importarte. Tienes una familia que te quiere.

—¿Y tú, Sofía? ¿Me quieres? —Lo miro y no quiero contestar. No quiero complicar las cosas más de lo que están, pero debo de empezar a ser sincera.

—Sí. Claro que te quiero. No he dejado de hacerlo nunca, Marcos. Para mí tú y mi hijo sois lo más importante.

—Entonces, ¿por qué? ¿Por qué tanta mentira?

—No puedo explicártelo. —Se hace un silencio entre nosotros que dura hasta que llegamos a su casa.

—Ya estás en casa. ¿Crees que puedes subir solo?

—Preferiría que me acompañaras.

—Está bien. —Aparco el coche y subimos.

—Tengo que irme, Marcos.

—Quédate, por favor.

—No sé si es buena idea. —Me coge del brazo y me atrae hacia él.

—Estar juntos siempre es buena idea. —Se acerca a mí y mi cuerpo tiembla. Nuestras bocas están tan cerca que casi pueden rozarse. Mis labios están sedientos de los suyos. Necesito sentir su boca. Se acerca a mí y me besa. Un beso que los dos necesitábamos para decirnos que no es posible estar separados. Sus labios se han vuelto indispensables para mí. Hacía tanto tiempo que no lo sentía tan cerca, que mi cuerpo no quiere despegarse de él. Lo echamos demasiado de menos.

—Tu boca es mi perdición y tu cuerpo una bendita locura, nena.

—Puedo decir lo mismo de ti. Necesitaba tanto besarte otra vez. Te he echado tanto de menos.

No me deja continuar y vuelve a meter su lengua en mi boca. Juguetea con ella mientras me quita la camiseta. Yo hago lo mismo con su camisa. Enredo mis manos en su cuello y lo beso como si me fuera la vida en ello. Este hombre hace que mi cuerpo arda con solo mirarlo. Solo tengo ganas de desnudarlo y sentirlo dentro de mí.

Me desabrocha el pantalón y lo tira en el suelo. Tira de mis bragas y las saca rompiéndolas por un lado. A mí me excita tenerlo tan alterado. Me tumba en la cama y desabrocha el sujetador. Mientras lo hace, sus manos rozan mis pechos y, cuando creía que mi cuerpo no podía subir más de temperatura, mete mis pezones en su boca y comienza a jugar con ellos, los chupa y los mordisquea. Mi cuerpo acaba de entrar en combustión.

Estoy a punto de volverme loca de placer; él lo sabe y baja lentamente por mi vientre rozando su boca con mi piel hasta llegar a mi preciado tesoro. Lo besa e introduce su lengua dentro de mí, juguetea con ella dentro de mí, a la vez que la introduce y la saca, cada vez con más rapidez. No me resulta muy complicado correrme. Había olvidado lo que este hombre me hace sentir.

—Me encanta que te corras.

—A mí me encanta hacerlo. Tienes el don de hacer que el sexo sea espectacular. —Río y le desabrocho el pantalón. Saco su pene y lo meto en mi boca. Comienzo a chuparlo lentamente mientras que con mi mano subo y bajo. Oírlo gemir me excita mucho más y aumento el ritmo. Sé que está a punto de perder el control, pero no me importa.

—Para, nena. Tengo planes mejores para ti. —Se gira, me besa y se sube encima de mí y me

penetra. Solo con sentirla dentro de mí estoy a punto de correrme. Cuanta falta me hacía tenerlo dentro de mí. ¿Cómo es posible que haya estado tanto tiempo sin esto? Es una condena. Me embiste varias veces y aumenta el ritmo. No puedo evitarlo y le muerdo el cuello. Aumento el ritmo moviéndome yo también y eso le vuelve loco. Segundos más tarde, me dice que se va a correr y yo tampoco aguanto más. Sentirlo así y ver lo excitado que está hace que me corra yo también. Sale de mí, se tumba en la cama y me sonrío.

—Tienes una cara de bobo...

—¿Me está insultando, señorita?

—No. Solo describo tu cara.

—¿No será que tengo cara de enamorado?

—¿Lo estás?

—¿Lo dudas? Estoy locamente enamorado de ti. Mi pregunta es si tú también lo estás.

—Sí, Marcos. Lo estoy. Perdidamente.

—¿Y por qué son tan complicadas las cosas entre nosotros?

—No lo sé. A veces pienso que no estamos destinados a estar juntos.

—Yo no quiero creer eso.

—Entonces, ¿por qué tantos obstáculos?

—Porque si la vida fuera fácil, no sería vida.

—Marcos, lo siento. No debí mentirte.

—No debiste hacerlo. Y todavía no me has explicado por qué.

—Me dolió mucho que me dijeras que era por dinero. Yo nunca me he interesado por tu dinero. Me da igual. Solo quiero tu felicidad.

—Lo sé. Solo quise hacerte daño. Mi felicidad está a tu lado. Sin ti, mi vida no tiene sentido, Sofía.

—Para mí tampoco. Pero hay cosas que...

—Nada, Sofía. No hay obstáculos que no podamos saltar. El amor todo lo puede. Y nosotros nos amamos. ¿Crees que, si no lo hiciéramos, estaríamos aquí?

—Sé que tienes razón, pero ¿y si perdiéramos todo por este amor?

—No hay nada que pueda importarme más que tú y que mi hijo, créeme. —Me besa. Y por primera vez en mucho tiempo quiero darle una oportunidad a la nuestro sin mirar atrás. Sin pensar en que podemos perder. Él me necesita y yo le necesito también. Hoy me quedo dormida con toda la felicidad que una mujer puede tener cuando tiene al hombre que ama a su lado.

Capítulo 13

NO TE QUIERO EN MI VIDA

Me despierto a las siete, pero Marcos no está en la cama. ¡Tengo que irme! Cojo el teléfono y le pongo un WhatsApp a Ana.

SOFÍA(07:10)

Hola, nena. Siento no haberte avisado. ¿Cómo está el niño? Ya voy para allá.

ANA(07:14)

Jodida, perra. ¿Has follado a que sí? No te preocupes que el niño duerme como un bendito y la tía le ha dado de comer. Con que estés aquí a las nueve y media me vale, nena. Disfruta, perra.

No puedo evitar sonreír al ver el mensaje. Sin ella esto no hubiera sido posible. Me levanto y voy al salón. Marcos está sentado leyendo el periódico. Me acerco a él y lo beso.

—Buenos días. Has madrugado mucho —le digo.

—Buenos días. No tenía mucho sueño. ¿Quieres un café?

—Sí. Un café estaría bien. —Se levanta y va a la cocina. Está frío. No sé qué le pasa. ¿Será que no se acuerda de lo que pasó ayer? No puedo creer que se comporte así después de todo. Me trae el café y vuelve a sentarse. Tiene el semblante serio.

—Gracias. Marcos, ¿pasa algo?

—No.

—¿Seguro? No sé, después de lo de ayer y ahora estás tan frío.

—Tenemos que hablar, Sofía.

—Lo sabía. Ahora es cuando me dices que ayer estabas borracho. ¡Dios mío que bochornoso! Me voy. —Me coge del brazo—. ¿Puedes escucharme, por favor? Lo de ayer fue estupendo. No me arrepiento de nada. Lo deseaba tanto como tú. Todo lo que te dije lo pensaba de verdad. Pero también le he estado dando vueltas a las cosas y he tomado una decisión.

—¿Y cuál es esa decisión?

—Que voy a dejarte libre. Creo que Alessandro merece saber quién es su padre. Yo no soy nadie para quitarlo de su lado, aunque me duela y me destroce por dentro. Creo que los dos tenéis muchas cosas que arreglar. Quizás podáis daros una nueva oportunidad. No lo sé, Sofía.

—¿Se puede saber que estás diciendo, Marcos? ¿Volver con Álvaro? ¿De verdad me estás

diciendo eso? No tengo nada que arreglar con él. No te voy a negar que tendremos que tener una charla, pero las cosas entre nosotros están muertas. Y, aunque yo no estuviera contigo, tampoco estaría con él. Él no entra en mis planes en absoluto. Ni en los míos ni en los de mi hijo. Si de verdad quieres huir, hazlo. Pero no me pongas a mí de excusa. Soy yo la que debe decidir con quién estar.

—¿No piensas que es muy egoísta negarle un padre a tu hijo?

—¿Y me lo dices tú? Que dijiste que ibas a luchar porque no te lo quitara. Yo pensaba que tú eras su padre. Ser padre no es meter la polla y dejarme embarazada. Ser padre es querer a un hijo, aunque no sea tuyo. Quererlo desde el minuto uno y cuidarlo como si se te fuera la vida en ello. Eso es lo que tú has hecho durante todos estos meses.

—Para mí siempre será mi hijo. Eso ya lo sabes. Nunca va a cambiar. Pero no quiero separarlo de lo que puede ser su familia.

—Bien, Marcos. ¿Sabes qué? Estoy cansada de tus idas y venidas. Yo también creo que lo mejor es que cada uno siga su camino. Cuando parece que las cosas vuelven a estar bien entre nosotros, siempre se cruza algo. Eso tiene que ser alguna señal. Hay gente que se ama, pero el destino se empeña en tenerlos separados. Esos somos nosotros. Te quiero, te quiero como nunca he querido a nadie en la vida, pero estamos mejor separados. —Me acerco a él y lo beso. Será la última vez que lo sienta tan cerca.

—Adiós, Sofia. Te deseo lo mejor.

—Yo también a ti.

Me voy a casa con la tristeza de saber que no volveremos a vernos. Que lo que sucedió a noche no se repetirá, pero que los recuerdos de él perdurarán para siempre en mí.

Cuando llego a casa, lo primero que hago es coger a mi hijo. Es por lo único que mi vida tiene sentido en este momento.

—¿Todo bien, Sofi?

—Marcos y yo hemos roto definitivamente.

—Yo pensaba...

—Sí. Yo también, pero él cree que es lo mejor. Y a mí me ha hecho pensar lo mismo.

—Lo siento, nena.

—No te preocupes. Estaré bien.

Dos días más tarde dejo a Alessandro en la guardería. Hoy vuelvo al trabajo, aunque de momento solo será por la mañana. Cuando salgo a las dos, salgo corriendo, pero algo interrumpe mi camino.

—Hola, Sofia.

—¿Tú?

—Sí. Llevo días intentando localizarte, pero no sé dónde vives. Tú móvil no existe y en el trabajo me dijeron que estabas de baja y que volverías hoy.

—No entiendo por qué te dieron tanta información. En realidad, ni siquiera sé qué haces aquí, Álvaro.

—Tenemos que hablar. ¿Tomamos algo? —Miro el reloj. Tengo una hora hasta que salga Alessandro de la guardería.

—Está bien. Tengo media hora. Ni un minuto más. Vamos a una cafetería cercana y nos sentamos.

—¿Cómo te va, Sofía? ¿Cómo está el niño?

—Bien. El niño está estupendo. Me sorprende que preguntes por él; después de los comentarios tan desafortunados que hiciste sobre los niños.

—Yo lo lamento. Estaba dolido. No entendía como podías estar embarazada tan pronto de otro hombre.

—¡Vaya! Hubiera sido mejor hacerlo cuando estaba contigo, ¿no?

—Nunca vas a perdonarme, ¿verdad?

—Supongo que no. No lo sé, Álvaro.

—¿Por qué me ocultaste que iba a ser padre?

—Porque me fuiste infiel. En realidad, al principio pensé que cuando te enteraras querías quedarte a mi lado y eso no entraba en mis planes, pero luego cuando te vi con la venta del piso me di cuenta de que era un error que mi hijo supiera quién era su padre.

—Sí lo hubiera sabido, no me habría separado de ti. No soy tan hijo de puta como crees.

—A los hechos me remito, Álvaro. ¿Qué es lo que quieres?

—Saber de mi hijo. Ser su padre.

—¿Ahora?

—No puedes reprocharme nada. Yo ni siquiera sabía que era padre.

—No. En eso tienes razón. Pero mi hijo ya tiene padre.

—Sabes que podría pedir una prueba de paternidad.

—Sí. Yo también podría decir que renegaste de él. No busques problemas, Álvaro.

—Tengo derecho a estar con él.

—Los derechos los perdiste ese día.

—Sofía, podríamos volver a ser felices.

—¿Felices quién? ¿Tú, tus amantes y yo? No, Álvaro. Yo ya no estoy enamorada de ti.

—¿Y del chulito trajeado sí? ¡No me lo puedo creer, Sofía!

—Pues sí. De él estoy completamente enamorada. Nuestro tiempo acabó, Álvaro. Asímelo. Lo único que nos unía era un piso, que, por suerte, ya hemos vendido. Ya no hay nada más. Quizás pueda ceder en lo del niño porque eres su padre. Pero siempre bajo mis condiciones. No las tuyas. Siempre por las buenas. Sin exigencias.

—Créeme, Sofía. Desde que me enteré no he podido pensar en otra cosa. ¿Podría verlo?

—Déjame que lo piense y estructure un poco mi cabeza. —Saco un boli y un papel del bolso para apuntar mi teléfono—. Llámame en unos días y hablamos. Pero te lo advierto: si esto es una táctica para volver conmigo, no va a salirte bien.

—Gracias, Sofía. Dame el beneficio de la duda por lo menos, por favor.

—Está bien. Te llamaré en unos días. Tengo que marcharme. —Y eso hago. Irme. Respirar y reestructurar todas las ideas de mi cabeza. Tengo demasiadas cosas en las que pensar. Quizás algún día consiga organizarlas todas.

Capítulo 14

RECOLOCANDO MI NUEVA VIDA

Después de estar días pensando, he recapacitado y he decidido darle una oportunidad a Álvaro.

Pero solo como amigos. Voy a dejar que vea al niño y ejerza de padre si de verdad es lo que quiere. Quizás no funcionamos como pareja, pero puede que como amigos las cosas funcionen.

No he vuelto a saber nada de Marcos. Supongo que es lo mejor. Si de verdad queremos que la distancia funcione, es mejor no saber nada el uno del otro.

En estos días estoy volcada en mi trabajo y en mi nueva casa. Me han aprobado el préstamo para la reforma y en unos días me darán las llaves. Pronto comenzaré con la reforma, y pronto podremos mudarnos a nuestra nueva casa. Estoy ilusionada. Parece que las cosas poco a poco van saliendo bien. Quizás, Marcos tenía razón y solo era cuestión de empezar con la verdad. Los nudos poco a poco se han ido deshaciendo y yo por fin veo luz en el túnel. Creo que ya era mi turno.

Dos meses más tarde...

—Sofía, por favor, quítale a tu hijo el mando de la tele si no quieres que hoy visitemos el hospital. ¡Se está comiendo los botones!

—¡Alessandro, por favor! Eso no se come, mi vida. Tienes a la tiita Ana desquiciada.

—No te lo voy a negar. ¿Qué sabes de la reforma? ¿Por fin van a acabar en la fecha prevista?

—No lo sé. Hoy tengo que ir para allá cuando salga del periódico. ¡Necesito irme a mi casa ya!

—Gracias por lo que me toca, querida.

—Sabes que no es por tí, pero tengo tanta ilusión por irme a mi casa, nena. Empezar de cero.

—Lo sé. Os voy a echar mucho de menos.

—Sabes que puedes venirte con nosotros.

—Tentadora la oferta, pero no. Necesito levantarme y no tropezar con juguetes de mi chico.

—Sé que has hecho un esfuerzo enorme dejándonos vivir contigo tanto tiempo.

—Esfuerzo nada. Estoy encantada. Menos cuando tu hijo se come mi mando de la tele. Y no por nada, sino porque no tengo ganas de salir corriendo al hospital.

—Sí. Ya me ha dicho la de la guardería que últimamente está algo rebelde.

—¿Y con Álvaro qué tal?

—Bien. El niño está encantado con él y yo estoy feliz. Me alegra que las cosas por fin estén siguiendo su camino. Necesitaba encarrilar mi vida de una vez.

—¿Y Marcos?

—Sabes que no sé nada de él.

—Lo sé. Te pregunto si le echas de menos.

—Lamentablemente, sí. No hay día que no me acuerde de él y que no piense en nosotros. En qué habría pasado si hubiéramos decidido seguir juntos.

—A lo mejor no es tarde todavía.

—No quiero seguir hablando de eso. Nuestro tiempo pasó. Ahora estoy en otro momento.

—¿Momento de Álvaro, quizás?

—Para nada. Ahora solo somos buenos amigos. Además, él está saliendo con una chica, y parece que les va bien.

—¿De verdad?

—Sí. Está ilusionado. Me ha dicho que por primera vez siente que la cosa puede funcionar.

—Puede que esté cambiando.

—Sí. Supongo que todo el mundo tiene ese derecho.

—¡Vámonos o llegaremos tarde las dos a trabajar!

Capítulo 15

APARECISTE CUANDO MENOS TE ESPERABA

—Alessandro, no puedes subirte ahí. Álvaro, por favor, controla a tu hijo.

—Eso hago. Pero es igual de rebelde que su madre.

—No me hace ninguna gracia.

—Eso es porque has perdido el sentido del humor. Eres demasiado protectora con él. No le va a pasar nada, Sofia.

—Sí. Yo demasiado protectora y tú demasiado confiado.

—Hacemos buen equipo, entonces. —Reímos.

—¿Crees que podrás quedarte con él todo el fin de semana sin que pase nada?

—Soy su padre. ¿No me crees capaz?

—En la nevera tienes todos los teléfonos a los que puedes llamar en caso de que ocurriera algo.

—¡Sofia, por favor! No es la primera vez que me quedo con él.

—Ya lo sé. Pero si es la primera vez que yo me separo de él durante tanto tiempo.

—Tranquila, mamá, estaremos bien. Disfruta del fin de semana.

—Álvaro, voy a trabajar. No voy a divertirme.

—Bueno, pero podrías divertirte también, no sería nada raro.

—Quiero terminar rápido y venirme.

—Eres una cabezota. ¡Venga, vete ya o perderás el avión!

—Cuidaros. —Cojo al niño y pierdo la cuenta de los besos que le doy. ¡Voy a echarlo tanto de menos! Me da tanta rabia no poder llevármelo conmigo. Álvaro me da un beso en la mejilla y me dice:

—Llámame cuando aterrices. Y tranquila, todo va a estar bien.

—Lo sé. Pero soy una madre histérica ya me conoces.

Han pasado cinco meses ya. El tiempo pasa volando. Hace algo menos de dos que estamos viviendo en nuestra nueva casa ya. Todavía faltan algunos detalles de las habitaciones, pero todo ha quedado perfecto. Mi hijo me ha dado fuerzas para poder seguir adelante y conseguir lo que

tanto soñaba: mi casa.

La relación con Álvaro es perfecta. Cuida del niño perfectamente. Lo quiere, lo protege y siempre está pendiente de él. Todavía no me creo el cambio que ha dado en estos meses. Está saliendo con una chica desde hace un tiempo y, por suerte, ella respeta que tenga un hijo. Es una de las condiciones que él le puso para seguir adelante. Y yo, después de todo, tengo que decir que le tengo mucho cariño. Que lo que pasó entre nosotros en el pasado siempre estará ahí, pero he conseguido superarlo y mirar hacia adelante. He de reconocer que él me lo ha puesto muy fácil.

Hemos tenido alguna que otra discusión por los apellidos. Él quiere que tenga su apellido, pero yo no estoy demasiado de acuerdo en esa decisión. Mi hijo es un Dotelli. Y no porque me guste que pertenezca a una familia tan importante, sino por lo que en verdad el padre que le dio los apellidos significó para mí y yo para él. Yo sigo hablándole a mi hijo de él. Sé que es muy pequeño, pero, cuando sea más mayor, pienso contarle la verdad. La verdad sobre sus padres. Me hubiera gustado que hubiera tenido la oportunidad de seguir viendo a Marcos, pero eso no ha sido posible.

Hace unos meses me enteré por Ana que había abierto un nuevo hotel en Milán. Y que había instalado allí su residencia. No puedo evitar sentir nostalgia por ello, pero también me alegro mucho por él. Si nosotros hubiéramos seguido adelante, él no podría seguir ahí. En lo más alto.

He de reconocer que muchas noches lloro por su ausencia. Sigo echándolo de menos a cada minuto. Sus caricias, sus besos, sus ojos. Le echo de menos a él. Y pensar que otra mujer puede estar durmiendo a su lado me atormenta por momentos. La pobre Ana ya no sabe qué hacer conmigo. Me ha presentado varios amigos, pero yo no llego más allá de una copa. No quiero quitarme su sensación de mi cuerpo. A pesar de todo el tiempo que ha pasado, yo lo sigo amando. Más de lo que yo quisiera.

—Sofía. ¡Puedes tranquilizarte! ¡Díselo tú Álvaro! —dice Ana.

—¡Es una cabezota! Parece mentira que no la conozcas.

—¡Queréis dejarme en paz!

—El viaje te ha sentado fatal, amiga. —La miro con cara de enfadada.

—¿Os vais a encargar vosotros de todo?

—Podríamos hacerlo si nos dejaras —dice Álvaro.

—Bien. Entonces voy a deshacer la maleta. Os dejo ahí. Alessandro, vamos con mami.

He pasado tres días fuera de casa. Les he pedido que empiecen a organizar el cumpleaños de Alessandro y cuando llego me encuentro con que todavía ni siquiera han mirado nada. ¿Qué les pasa? ¿Soy yo la loca? Sí. Queda un mes, pero es poco tiempo para organizar todo lo que tengo pensado. Tengo que reconocer que últimamente ando más estresada de lo habitual y el haberme separado de mi hijo no es que haya ayudado mucho, pero quiero que todo salga perfecto. No es tan

difícil de entender.

Marcos

MARCOS (10:30)

Hola. ¿Cómo está Alessandro? ¿Y Sofía? Estoy en Madrid. ¿Crees que podríamos vernos?

ANA (10:33)

Hola. Están bien. Creo que lo de vernos no va a ser posible. Sofía está insufrible. Pero si consigo que se relaje, te llamo y nos vemos. ¿Qué tal todo por Milán? El niño está precioso.

MARCOS (10:35)

Todo bien. Mucho trabajo. Solo he venido un par de días. ¿Cómo van las cosas con Álvaro?

ANA (10:37)

Todo bien, Marcos. Se está portando perfectamente. Sofía y él llevan una relación cordial. Repito cordial.

MARCOS (10:38)

Avísame si podemos vernos. Un beso.

Hace dos meses que no veo a mi niño, aunque no dejo de preguntar por él. Gracias a Ana he podido verlo. Lo único que me da rabia es que Sofía no sabe nada. No me gusta tener que engañarla, pero es la única manera que tengo de ver a mi hijo. Sé que, si se enterara, ella no me dejaría. También sé lo mucho que arriesga Ana con esto. Si Sofía llegara a enterarse, no sé qué pasaría entre ellas.

No he dejado de pensar en ella ni un solo momento. Cuando me enteré de que Álvaro pasaba tanto tiempo con ellos, me moría de celos. Y todavía hoy tengo miedo de que ella vuelva con él. Tienen un vínculo demasiado fuerte. Ana me dice siempre que solo se llevan bien y que incluso él tiene una relación, pero estoy seguro de que, si Sofía le diera otra oportunidad, él no la desaprovecharía. He tenido suerte de poder irme a Milán en este tiempo. Y, aunque no he dejado de pensar un minuto en ellos, tengo que reconocer que mantenerme alejado de aquí ha sido positivo para mí. Necesitaba un cambio de aires.

Al día siguiente recibo un mensaje de Ana.

ANA (11:00)

Hola. Te espero donde siempre. No tardes. No tengo demasiado tiempo.

Salgo del hotel y voy a su encuentro. No puedo negar que estoy nervioso. Voy a volver a ver a mi hijo y eso me llena de felicidad.

Por fin llego. Me acerco a Ana y le doy dos besos.

—Hola, ¿cómo estás?

—Hola, Marcos. Todo bien ¿Y tú? Pareces cansado.

—Sí. Viajar no me sienta demasiado bien. —Me acerco al niño y lo cojo.

—Hola, cariño. ¿Sabes quién soy? Soy papá. Por fin te veo. ¿Ya no te acuerdas de mí? —Me sonrío. Y yo no puedo ser más feliz.

—¡Pobre, criatura! Menos mal que lo poco que habla no se le entiende. Pero estoy segura de que sus primeras palabras serán: «¡Iros a la mierda!». Le estáis haciendo un cacao al niño que ya no sabe ni cuantos padres tiene. Esto no puede ser bueno.

—¿Y qué quieres que haga, Ana? ¿Qué deje de verlo? No puedo. Y sabes que ella no me dejaría verlo.

—Eso no lo sabes, Marcos.

—Sí que lo sé. Decidimos separarnos.

—No. Habla claro. Tú decidiste apartarlos de tu lado. Tú la echaste en brazos de Álvaro. Por suerte, nunca ocurrió nada entre ellos.

—¿La relación entre ellos sigue igual?

—Sí. Ya te lo dije; no hay nada entre ellos. Solo una relación cordial. Nada más.

—Pero tienen algo muy importante, quizás algún día...

—Mira, Marcos, no debería de decirte esto porque ella es mi amiga, pero te sigue queriendo. Muchas noches sigue llamándome, llorando porque te echa de menos. Preguntándose por qué no funcionaron las cosas. Y si te digo esto es para que espabiles y hagas algo. Porque los dos sois un par de bobos que os queréis y no estáis juntos. Es algo que nunca entenderé. ¿No crees que ha llegado el momento de decirle toda la verdad?

—No sé si serviría de algo después de tanto tiempo.

—Yo creo que sí. Tengo que irme ya. Me juego el culo cada vez que quedo contigo.

—Lo sé y no te imaginas como te lo agradezco, Ana.

—Ya lo sé. Sé lo importante que es este niño para ti. Por eso lo hago. —Abrazo a mi niño, lo beso y me despido de Ana. Tengo tanto que agradecerle... Si no fuera por ella, esto no sería posible.

Solo llevo dos días en Madrid y ya tengo que volver a Milán. Pero antes de irme hago algo que tenía en mente desde hace tiempo. Queda algo menos de un mes para que Alessandro cumpla su primer año y me gustaría que por lo menos tuviera un regalo mío. No sé cómo le sentara a Sofía, pero me arriesgo y junto al regalo mando una nota. Ya solo queda esperar.

Sofía

Hoy por fin he conseguido tener una tarde libre. Álvaro se ha quedado con el niño y yo he aprovechado para hacer algunas compras para el cumpleaños. Cuando llego a casa, Álvaro me dice que me ha llegado un paquete, que está en la entrada.

—¿No vas a abrirlo?

—Luego, más tarde. ¿Qué tal se ha portado mi bichito?

—Bien. ¿Has visto que cada vez tiene más resistencia? Ha conseguido llegar al mueble él solito.

—Es un niño muy listo. Creo que ya queda menos para que eche a correr definitivamente.

—Sí. Ya lleva varios meses andando solito. Tenemos que empezar a tener cuidado con lo que tenemos a su alrededor.

—¿Hemos cambiado los papeles y no me he dado cuenta? Ahora tú eres el padre protector.

—No. Solo precavido. —Reímos.

—Tengo que irme, Sofía. Mañana te llamo. Quiero que vayamos juntos a por el regalo del niño.

—Vale. Pero tendrá que ser por la tarde.

—Lo hablamos mañana. —Me besa en la mejilla, coge al niño se despide de él y se va. Subo a bañar a Alessandro, le doy de cenar y, cuando voy a acostarlo, veo el paquete de nuevo. Se me había olvidado que estaba ahí. Cuando bajo, lo cojo y me siento en el sofá. Antes de abrir la caja leo la nota que viene en el sobre.

Hola, Sofía. Sé que estarás sorprendida al ver esta caja, al igual que a tener noticias más después de tanto tiempo. No me he olvidado de vosotros en todo este tiempo. Sé que queda menos de un mes para el cumpleaños del niño y me gustaría que tuviera un recuerdo mío. Ya que no podré estar cerca de él. Espero que algún día le cuentes lo mucho que lo quise y lo importante que fuisteis los dos para mí. Os echo de menos cada minuto de mi vida. Y me arrepiento de no estar a vuestro lado. Os deseo la mayor felicidad del mundo. En la caja hay un dragón. Sé que a Alessandro le encantan. Un beso.

Mis lágrimas no han parado de salir desde que comencé a leer la nota. No esperaba que volviera a aparecer. Ni que se acordara de su cumpleaños. Mucho menos que nos tuviera tan presentes. Yo también le echo de menos, pero él decidió que estaríamos mejor sin él y durante todos estos meses no hemos tenido ninguna noticia suya.

Me da rabia que cada vez que aparece sea capaz de tapar el sol con una mano. Sigue teniendo ese poder sobre mí. El hacerme sentir aun estando lejos de mí.

Paso una noche horrible llorando, recordando todos los momentos que he vivido con él, tanto los buenos como los malos. Me da rabia reconocer que, después de todo, sigo enamorada de él como una tonta.

La semana pasa rápido, aunque las noches para mí se han vuelto eternas. No he dejado de leer la nota ni un solo día. He tratado de escribirle un mensaje, pero siempre acabo borrándolo porque no sé qué decirle. No quiero que piense que pierdo el culo por él, pero tampoco quiero que piense que no valoro el detalle que ha tenido. ¡Sofía, reacciona!

Una noche, después de acostar a Alessandro y de escuchar más de diez canciones que hablan del desamor, me animo a escribirle.

SOFÍA (23:30)

Hola. Soy yo, Sofía. Parezco boba. Quizás hayas cambiado el teléfono o todavía me tenga guardada en tu agenda y al leer esto te parezca todavía más boba de lo que soy. Solo quería agradecerte el detalle del regalo. No tenías por qué hacerlo, pero, aun así, gracias. Y gracias por la nota. Aunque no me creas, yo también le hablo al niño de ti. Me hubiera gustado que las cosas fueran distintas, pero así lo decidimos. Solo puedo desearte lo mejor y darte las gracias de nuevo. Un beso.

Lo mando y miro el móvil una y otra vez, hasta que decido dejarlo en la cama y meterme en la ducha. Me pregunto si he hecho bien o mal y si le habrá resultado demasiado frío un mensaje. Cuando salgo el móvil se alumbra. Lo miro y tengo respuesta de él. Por suerte, está en línea.

MARCOS (23:35)

Hola. Sé quién eres. No he borrado tu número. No podría. Incluso en ocasiones he intentado escribirte. No tienes que darme la gracias por nada. Lo he hecho porque he querido y necesitaba hacerlo. No imaginas lo feliz que me hace que le hables de mí. A mí también me hubiera gustado que las cosas fueran diferentes. ¿Cómo te va todo? ¿Cómo está el niño?

SOFÍA (23:37)

Entonces, habrás comprobado por ti mismo que soy boba. Todo va bien. El niño está perfecto. Muy guapo y espabilado. Ya dice muchas cositas. ¿Tú cómo estás? Me enteré de que abriste un hotel en Milán.

MARCOS (23:38)

Todo bien. Trabajando. ¿Crees que puedo llamarte? Ya sabes lo poco que me gusta esto.

No le doy tiempo a que lo haga. Yo misma lo hago.

—Hola —digo.

—Hola. ¡Vaya, te has adelantado!

—Sí. Es lo menos que podía hacer. Gracias por el regalo, Marcos. El niño lleva varios días jugando con él. Le encanta.

—¿De verdad? No te imaginas lo feliz que me hace eso. ¿Cómo os va todo?

—Bien. Conseguí el préstamo para la reforma y llevamos unos meses viviendo aquí. No puedo quejarme. ¿Y tú?

—¡Eso es genial! Yo me trasladé a Milán. Con la apertura del nuevo hotel, tengo que estar aquí mucho tiempo.

—¿Estás en Milán ahora? Yo creía que...

—Sí. Estuve solo dos días en Madrid. Tenía que tratar unos asuntos y ya he vuelto.

—Me alegro de que te vaya bien. Te lo mereces.

—Yo también me alegro. También de hablar contigo. Hacía tanto tiempo que no te escuchaba.

—Sí demasiado. Marcos yo... quiero decirte algo. Me gustaría que vinieras al cumpleaños del niño.

—No te sientas obligada a invitarme.

—No estoy obligada. Me encantaría que vinieras de verdad. Me gustaría que el niño te viera.

—¿De verdad? ¿Estás segura?
—Sí. Ha pasado mucho tiempo y somos adultos.
—Iré encantado.
—Te mandaré la dirección por WhatsApp. Gracias, Marcos.
—Gracias a ti, Sofía.
—¿No piensas colgar?
—Es que hace tanto tiempo que no hablaba contigo...
—Sí. Es una sensación un poco rara.
—Sofía, te echaba de menos.
—Yo... tengo que colgar. Hablamos. —Cuelgo. He estado a punto de decirle que yo también, pero no puedo permitirme el lujo de que sepa que aún lo quiero. Es mejor así.

Capítulo 16

VOLVER A VERTE

Los días pasan rápido y por fin llega el cumpleaños de mi príncipe. Todo está preparado. Mis padres han venido, los padres de Álvaro, su novia, Ana, y su nuevo ligue, mis amigos... Estamos todos. Solo falta Marcos. Me prometió que vendría y yo soy un manojito de nervios desde hace unos días. Volver a verlo me despierta tantos sentimientos, que no sé cómo voy a reaccionar cuando le vea.

—¿Estás bien? —me pregunta Álvaro.

—Sí. Todo bien.

—Todo está perfecto.

—Lo sé. Gracias por ayudarme.

—Voy a ver a mis padres —dice Álvaro. Ana me mira.

—A él puedes engañarle, pero a mí no. Va a venir, Sofí, tranquila —dice Ana.

—No es por eso.

—¿De verdad quieres engañarme a mí? Llevas días hecha un flan. Y es porque sabes que después de tanto tiempo vas a volver a verlo.

—Sí. Es verdad. Estoy nerviosa. Ha pasado mucho tiempo y no sé cómo voy a reaccionar. Eso es lo que me preocupa.

—Pues deja de preocuparte y que las cosas salgan como tengan que salir.

—¿Le has dicho a Álvaro que venía?

—Sí.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

—Digamos que... no demasiado bien.

—Yo solo espero que no se encuentren.

—Le he dicho a Álvaro que no quiero numerito y me lo ha prometido.

—Esperemos que así sea.

Mi corazón se acelera cuando le veo entrar por la puerta. Saluda a Ana y, como una niña adolescente que acaba de ver al chico que le gusta, empiezo a sonreír y a ponerme nerviosa. Por fin llega el temido momento. Se acerca a mí, me mira, me sonríe y me besa. Sus labios siguen

siendo fuego en mis mejillas.

—Hola. Estás preciosa —pronuncia.

—Gracias. ¿Cómo estás?

—Bien. Todo bien. ¿Y tú?

—Bien. ¿Quieres ver al niño?

—Sí. Me encantaría. —Me sigue y lo llevo con él. Mis ojos se llenan de lágrimas cuando lo veo cogerlo y abrazarlo con tanto cariño. Después de todo el tiempo que ha pasado, sigo viendo la misma pasión en sus ojos que cuando lo cogió por primera vez.

—¿Estás llorando, Sofía? —Me limpia las lágrimas con su mano.

—Yo... estoy un poco sensible, solo eso.

—Os he echado de menos. Ya te lo dije. No he dejado de amaros ni un solo momento. Te lo juro, Sofía, créeme. —Lo miro para decir algo, pero, por suerte, mi madre me llama de lejos.

—Lo siento. Mi madre me necesita. —He conseguido salir airoso de allí.

El cumpleaños sale perfecto. La gente se va despidiendo y Marcos se acerca a mí. Yo estoy con Álvaro hablando cuando él aparece. Álvaro lo mira con mala cara. Marcos tampoco pone la mejor que tiene.

—Hola —dice Marcos. Álvaro le contesta y coge a su chica del brazo y se la presenta.

—Mira, Tania, te presento a Marcos. Un amigo de Sofía.

—Encantada.

—Igualmente.

—Nosotros nos vamos, Sofía. Te llamo más tarde. Marcos, nos vemos en otra ocasión.

—Hasta luego. Encantado.

—Siento que hayas tenido que pasar por esto —le digo.

—No te preocupes. Supongo que era inevitable. ¿Esa es su novia?

—Sí, llevan varios meses juntos ya.

—¿Y con el niño?

—Todo bien. Ha cambiado mucho en estos meses. Es un buen padre. Entre nosotros no hay nada. Solo una amistad. Por fin, después de tanto tiempo, he admitido que el pasado se quedó atrás y que entre nosotros puede existir una buena relación.

—Me alegro de que todo vaya bien. Aunque me sorprende que haya cambiado tanto.

—Sí a mí también. No te lo voy a negar. Pero estos meses han sido así.

—Me alegro mucho, Sofía, de verdad.

—Yo también. ¿Y tú que tal con tu mujer?

—Mi mujer... En mi vida también han cambiado muchas cosas. Ya no estoy casado. Hace ocho meses que me divorcie.

—¿Ocho meses?

—Sí. Exactamente los meses que hace que tú y yo dejamos de vernos.

—Yo..., lo siento.

—Yo no. Estoy muy bien así. Tendría que haberlo hecho mucho antes.

—Pero...

—Sofía, no he perdido el hotel.

—¿Tú sabes...?

—Claro que lo sé. Aunque no ha sido por ti, claro. ¿Por qué no me lo contaste?

—Porque no quería complicar más las cosas. No quería que perdieras todo por mi culpa.

—Deberías de habérmelo contado. Quizás si lo hubieras hecho, ahora estaríamos juntos.

—Lo siento. ¿Cómo te enteraste?

—Ana me lo dijo. Y ella también lo hizo cuando le pedí el divorcio.

—¿Y qué paso?

—No le quedó más remedio que llegar a un acuerdo. Llevaba meses investigando el suceso del incendio y descubrimos que había sido ella con ayuda de cierta gente del hotel. En fin, hay grabaciones, confesiones... Mis abogados lo prepararon todo y, cuando creía que tenía todo atado, se lo enseñé. La amenacé con demandarla si no me daba el divorcio y no tuvo más remedio que firmar. Al final se quedó con el hotel de Italia y poco más. Yo no perdí nada material, pero sí perdí lo más importante: a ti y a mi hijo. Y es algo que nunca voy a perdonarme.

—¿Por qué no me buscaste para decírmelo?

—Porque no me pareció bien. Supuse que volverías con Álvaro. Pero tengo que confesarte algo más.

—¿Qué pasa?

—He estado viendo al niño. Ana me dejaba verlo en algunas ocasiones. No la culpes. Ella solo quería ayudarme. No he dejado de preguntar por vosotros nunca. Para mí siempre habéis estado presentes.

—¿Y por qué no me dijiste que querías ver al niño?

—Porque suponía que no querías que lo hiciera y a mí se me hacía muy duro estar sin él. ¿Estás enfadada?

—No. Un poco decepcionada. No sé por qué no me lo contasteis. No soy un ogro. No tenías ningún derecho a ocultarme eso.

—Lo sé. Y si hay algún culpable soy yo. Ana solo quería lo mejor para el niño.

—¿Lo mejor era engañarme a mí?

—No... No lo sé Sofía. No quiero discutir.

—Yo tampoco. Tendremos tiempo de hablar de eso. —Me mira y se hace un silencio entre nosotros—. Suéltalo. Sé que quieres saber cosas. Estoy dispuesta a contarte todo.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Por qué lo perdonaste? ¿Sigues sintiendo algo por él? Después de todo lo que pasó...

—Tenía mucho odio en mi cuerpo y no puedo negar que no lo he olvidado. Los primeros días al verlo no era nada fácil. Los recuerdos venían a mi mente. Me costó mucho trabajo que las cosas fueran bien y volver a confiar. Pero cuando me di cuenta de que su cariño por el niño era verdadero, supe que yo no era nadie para decidir sobre la felicidad de mi hijo. No podía arrebatarse algo que quizás el día de mañana echará de menos. No he olvidado, pero si he perdonado. Por un hijo, una es capaz de tragarse el orgullo. Tengo que reconocer que ha vuelto a ser el Álvaro que yo conocí. No el que me engañó. Pero nuestra relación es tan sana porque no hay sentimientos de por medio. Le tengo cariño por lo que algún día fue en mi vida y porque es el padre de mi hijo. Nada más. Solo somos amigos. Los dos lo tenemos muy claro. No volverá a pasar nada entre nosotros. Yo porque te quiero a ti y él porque realmente ha encontrado el amor.

—No sé qué pinto en medio de todo esto.

—Pintas más de lo que crees. Mi hijo lleva tu apellido. Para mí siempre serás su padre. Aunque no estemos juntos. No pienso quitarle el apellido, a no ser que tú me lo pidas.

—Nunca te pedirá eso. Pero ¿y él? ¿Qué opina de que el niño lleve mi apellido?

—No te voy a negar que ha sido tema de discusión en multitud de ocasiones, pero en eso no voy a ceder. Yo sé que él es su padre, pero también sé que quien estuvo desde el principio a mi lado a pesar de todo fuiste tú. Y ya te lo dije, algún día mi hijo sabrá la verdad.

—Quiero enseñarte algo. —Saca la cartera de su bolsillo y saca un papel de adentro. Lo abre y me quedo sorprendida al ver lo que es. Es una foto mía con Alessandro en brazos cuando era un bebé. Ni siquiera me acuerdo de que me tomara esa foto—. Lo he llevado conmigo desde el día en que estuviste en mi casa con él. Era mi única manera de teneros cerca. —No puedo evitar llorar. Saber que nos ha tenido presentes durante todo este tiempo y que seguimos siendo importantes para él, me hace la mujer más feliz del mundo—. ¡Eh, nena! No llores. Solo quería que supieras que nada es como tú lo habías imaginado. Que yo no me he olvidado de vosotros. Que os amo a los dos. Y que, si pudiera volver al pasado, me habría separado en cuanto te conocí. Te prometo que te amo. Y nunca voy a dejar de hacerlo.

—Nunca imaginé que pudieras echarnos de menos. Y menos que nos llevaras tan cerca de ti. Yo tampoco te he olvidado. A ti no puedo. No puedo amar a nadie que no seas tú. No te imaginas cómo me alegro de que ese día mandarás el regalo. ¿Crees que podremos ser felices por fin?

—Nunca he dudado de eso. Te amo. —Me coge las manos y me besa. Me besa como solo él sabe hacerlo: con amor, con pasión y con todas las ganas que tenía guardadas durante estos meses.

Capítulo 17

TODO LLEGA, TODO PASA

Ha pasado exactamente un mes desde que Alessandro cumpliera su primer año. Y solo puedo decir que me siento la mujer más feliz del mundo. Marcos y yo ¡por fin estamos juntos! Después de tantos altibajos, hemos conseguido alcanzar la felicidad. Estamos viviendo juntos desde entonces en mi casa. Nuestra casa. Todavía no me creo que estemos por fin juntos.

Álvaro y él han solucionado sus diferencias y, aunque no son los mejores amigos, por lo menos he conseguido que tengan un trato cordial. Somos una familia un tanto peculiar, porque ninguno de los dos quiere renunciar al niño y, aunque sé que va a ser difícil explicárselo al niño cuando crezca, supongo que es afortunado por tener dos padres que lo adoran, como dice mi amiga Ana: «El día de mañana el niño podrá elegir con quien quedarse, vais a tener problemas, pero es afortunado por tener dos padres maravillosos».

Y esa es la única verdad. Será afortunado por tener una familia tan numerosa.

—Cariño, ¿estás lista ya? —pregunta Marcos.

—Sí. ¿Ha llegado Álvaro?

—Sí. Esta abajo con Tania y Ana. ¡Vamos o llegaremos tarde!

—Voy, voy. No me estreses, por favor. —Marcos y yo hemos decidido huir un poco de todo el fin de semana. Pero no quiere decirme dónde vamos. Dice que sigue creyendo en el factor sorpresa. Así que Alessandro se queda con papá Álvaro y la tita Ana. No me entusiasma nada separarme de mi hijo, pero Marcos dice que no podemos llevarlo. Solo me queda hacerle caso.

—Ya estoy lista. —Saludo a Ana, a Tania y Álvaro—. ¡Cuidad de él como si os fuera la vida en ello o cuando venga estaréis acabados!

—¡Así me gusta, amiga! ¡Con amenazas! Por favor, Sofía. Es su padre y no es la primera vez que se queda con él.

—Ya lo sé. ¿Llevas todo? ¿Pañales? ¿Juguetes?

—Sí, pesada. Lo llevo todo. ¿Crees que no tengo de todo en mi casa?

—Sí. Solo soy precavida.

—Iros ya y disfrutar. —Me da un beso en la mejilla y le da la mano a Marcos.

—¡Vámonos! Os llevo al aeropuerto —dice Ana.

—¿Cómo aeropuerto? ¿No me dijiste que sería cerca?
—Sí. Cerca es. —Pongo cara de enfadada.
—Me engañáis siempre. —Cojo al niño le beso y nos vamos.

Hasta que no llegamos a la puerta de embarque no descubro a donde vamos.

—¿Milán? —le digo a Marcos.
—Sí. Quiero que veas donde nací.
—¿No esperaba que me llevaras allí!
—Ese era el propósito. Pero para ti no han acabado las sorpresas. Esto acaba de empezar.
—Te amo, Marcos.
—Yo también.

Cuando llegamos, pasamos todo el día paseando. Me cuenta historias de cuando era pequeño, me enseña lugares maravillosos y yo no puedo ser más feliz, ¿o sí?

Por la noche nos ponemos muy elegantes y vamos a cenar a un restaurante increíble. Cuando terminamos, me lleva al balcón del restaurante.

—¿Qué te ha parecido? —me pregunta.
—Increíble. Es precioso. Gracias.

—Bueno, Sofía. Nosotros no estamos aquí por casualidad. Quería traerte aquí para que conocieras donde me crie, mi infancia, mi historia, mi vida, que supieras quién soy, y para decirte que eres lo mejor que me ha pasado en mi vida. Tú y mi hijo, siempre. Nunca he amado a nadie como a ti. Haces que sea mejor persona por el simple hecho de estar a tu lado. Eres la única mujer que podrá ocupar mi vida y mi corazón. Por eso, aquí, en mi ciudad, en la tierra que amo y delante de la mujer que amo, quiero que cierres los ojos y que, cuando yo te diga, mires al cielo. —Hago lo que me dice y oigo un estruendo—. Ábrelos, Sofía. —Los abro, y en el cielo pone: «¿Quieres casarte conmigo?». Lo miro y su sonrisa me cautiva. No puedo evitar que mis lagrimas recorran mis mejillas, pero esta vez es de felicidad.

—Por supuesto que quiero. Eres el hombre que amo. No te dejaría escapar de nuevo. Quiero casarme contigo. Ahora y siempre, Marcos.

—Te amo. Y voy a hacerte la mujer más feliz del mundo.
—No puedo creer todo lo que está pasando. Me parece todo un sueño.

—No es un sueño, mi amor. Es una realidad. Nuestra realidad. Llegó nuestro momento de ser felices. Ahora sí, Sofía. —Me abraza y nos fundimos en un beso que dice más de lo que pueden decir las palabras.

Capítulo 18

EL MOMENTO MÁS FELIZ DE MI VIDA

Después de cuatro meses preparando la boda, por fin ha llegado el día: 05/05/2015.

La fecha que quedará grabada en nuestra piel por siempre.

Estoy rodeada de la gente que quiero: mis padres, mis amigos, mi hijo y el hombre de mi vida. El que comparte puesto con mi hijo. Mi familia.

Después de tanto sufrimiento, tantos momentos malos, tantas mentiras, lágrimas y dolor, soy feliz. Estoy enamorada y mi corazón ha curado. Hoy mi vida es otra gracias a la gente que ha seguido a mi lado. A Álvaro, que me ha demostrado que se puede perdonar después de todo. A mi amiga Ana, por su amistad y su cariño incondicional, por aguantarme y darme los consejos que solo una amiga podría dar. Y a él, a Marcos. Al hombre que cambió mi vida en los baños de un hotel, que me hizo ver que también una mujer puede hacer locuras y enamorarse de nuevo. Por hacerme sentir la mujer más deseada del mundo, por hacer que el sexo con él sea algo más que una cama y por amarme de la manera que lo hace. Por no rendirse y volver a aparecer en el momento justo. A él le debo toda mi felicidad. Y ahora que ya somos marido y mujer, y que para nosotros es más que un simple papel, solo puedo decir que no es fácil encontrar la felicidad, pero que, cuando aparece, merece la pena haber pasado por un camino de espinas.

—¿Eres feliz? —me pregunta Marcos.

—La mujer más feliz del mundo. ¿Y tú?

—El hombre más feliz del mundo.

—¿Y qué me dirías si te digo que todavía puedo hacerte un poco más feliz?

—No te creería.

—Pues..., señor Dotelli. Vas a ser papá. Estoy de dos meses. No he querido decírtelo antes. Estaba esperando el momento adecuado y creo que este es el mejor.

—¿De verdad estás embarazada?

—Sí. ¿Crees que estás preparado para soportar un segundo embarazo mío?

—Sí. Creo que podré resistirlo. En este momento, soy el hombre más feliz del mundo.

—Yo también. —Me toco el anillo y me río.

—Cinco del cinco. Una fecha que nunca olvidaremos. Una noche que nunca olvidaremos.

—Un sitio que nunca olvidaremos.

—Un polvo que nunca olvidaremos. —Reímos—. El día que cambiaron nuestras vidas para siempre.

—Te amo.

—¿De verdad?

—Siempre. Para siempre mi vida.

Epílogo

Me llamo Alessandro Dotelli, y tengo 20 años. A pesar de lo que podáis pensar, no soy italiano, aunque mi padre sí. Bueno..., creo que empezaré por el principio.

Como diría mi madre, tengo una familia un tanto peculiar. No he crecido como el resto de los niños. Mi familia es diferente, pero es increíble igualmente.

Mi madre vivía con mi padre Álvaro y parece ser que no llegaron a entenderse y se dejaron. Algo más tarde volvieron y aparecí yo sin previo aviso. Pero, para aquel entonces, mi madre ya estaba enamorada de mi padre, Marcos. No han sido demasiado explícitos con la historia, pero sé que mi madre se lo ocultó a mi padre Álvaro durante un tiempo.

En este momento, vivo con mis padres. Sí, en el más amplio sentido de la palabra. Paso temporadas con uno y con otro. Marcos y mi madre viven juntos en una casa que compraron cuando yo nací. Y, cuando me apetece, me voy al apartamento con mi padre y mi hermana. Sí. Tengo una hermana de siete años a la que adoro y quiero. Mi padre ahora está soltero. La madre de mi hermana lo engañó durante años con un amigo suyo. Mi madre siempre dice que eso es cosa del karma, pero no sé muy bien a qué se refiere.

Mis padres también tuvieron más hijos. Dos exactamente. Elisa y Ana, que en este momento tienen dieciocho años y traen de cabeza a mis padres. Siempre dicen que querían hijos, pero creo que tener dos a la vez no entraba en sus planes.

Soy el único varón de la familia. Mi madre siempre dice que soy su ojito derecho y yo también lo creo. Aunque ya he crecido, me gusta sentir el amor de mi madre cada día. Nunca me cansaré de abrazarla.

Si algo tengo que agradecerles a ellos son los valores que me inculcaron desde pequeño. Gracias a ellos soy la persona que soy hoy. Jamás me pusieron límites para decidir con quién quería vivir ni a que padre tenía que elegir. Simplemente tenía dos. Cada uno a su manera, queriéndome y cuidándome por igual. Y yo tampoco fui capaz de elegir. Para mí los dos son mis padres. Sé que puede sonar raro, pero no quiero más a uno que a otro. No puedo negar que los primeros años de colegio fueron un poco difíciles. Cada vez venía uno a recogerme y no era fácil tener que dar explicaciones a la gente, pero más tarde comprendí que, si a mí no me importaba, ¿por qué tenía que importarles a ellos? Y simplemente dejó de importarme. No voy a negar que a veces eso de tener dos padres ha sido una ventaja. Cuando me enfadaba con uno, solía llamar al

otro y viceversa. Cosas de críos. Solo puedo decir que me siento muy orgulloso de la familia que me ha tocado, desde mis padres hasta mis abuelos, y sin dejarme a mi tía Ana, que siempre he sido su consentido y lo sigo siendo.

Ella está casada con un hombre estupendo, pero la vida no se lo ha puesto nada fácil. No pudo ser madre de manera natural, pero después de muchos años de esfuerzo consiguió serlo, aunque fuera de España. Ya sabemos cómo funcionan las cosas por aquí. Mi Estrella. Un nombre precioso porque, desde que llegó, nos alumbra a todos con su luz. Y con solo diecisiete años me tiene enamorado. Llevo años enamorado de ella, tantos que ni me acuerdo. Mi madre dice que, si no se lo digo, la perderé; yo le digo que solo la quiero como a la familia, pero ya se sabe que las madres para estas cosas tienen un sexto sentido. Quizás algún día me atreva a confesarle la verdad. Solo espero que, cuando me decida, no sea demasiado tarde.

—Alessandro, baja ya. Te estamos esperando.

Esa es mi madre. Me llama para cenar. Hoy nos reunimos toda la familia hoy es 05/05. ¿Lo recuerdas? El día en que empezó todo.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a todas las personas que forman parte de este camino de alguna manera.

A Lola Gude porque siempre lo hace todo más fácil. Gracias por tu paciencia. Gracias por tu paciencia y por la forma que has tenido siempre de tratarme.

A Joaky porque fue de las primeras en conocer esta historia. Porque ella fue mi punto de partida para que esta historia continuara y porque, sin ella, la historia de Alessandro jamás hubiera existido. Gracias, amiga.

Si te ha gustado

El dulce sabor de la verdad

te recomendamos comenzar a leer

Ni un paso atrás

de *Pilar Piñero Mateo*



Prólogo

Me miro al espejo... ¡44 tacos ya! no los aparento o eso me dicen, quizás físicamente, pero me pesan, ahora mismo me pesan en el alma y eso que la tengo en los pies, bajo los pies, mejor dicho.

Hoy mi marido Mario y yo hemos salido a cenar para celebrar mi cumpleaños. Mi amiga se ha quedado con mi hija para que podamos tener una velada romántica... ¿Y por qué no estoy ilusionada? ¿Por qué lo miro y no lo reconozco? ¿Por qué él no me mira siquiera? ¿Por qué no me dice lo guapa que estoy? ¿Por qué hay esta distancia entre los dos? Y lo peor de todo... ¿Por qué me da igual todo?

Salgo del lavabo en dirección a la mesa, noto la mirada de algún hombre sobre mí, puede que ahora ya no sea un pibonazo, pero soy un pibón de 44 años y aún arranco miradas furtivas... y no tan furtivas.

Me siento frente a Mario, su actitud es la misma, no me ve. Ese es nuestro problema, que no me ve desde hace mucho tiempo.

Lo miro... sigue cenando como si yo no estuviera delante. Tendríamos que estar emocionados, contentos, calentando el ambiente, ansiosos por lo que está por venir, deseando acabar la cena para llegar a casa, arrancarnos la ropa y hacerlo en cualquier lugar: contra la pared, en la escalera... pero no es así, hacerlo lo haremos, sexo seguro que tendremos, pero que me maten ahora mismo si me apetece que me toque. Lo intento, lo intento con todas mis fuerzas desde hace año y medio, pero no puedo. En mis sueños, en mis anhelos, en mis pensamientos, en mi alma y en mi corazón, ya no hay sitio para Mario, porque ha sido ocupado por otra persona y él ha salido para siempre.

Capítulo I

OLGA

Me llamo Olga, tengo 44 años y estoy casada desde hace 18. Conocí a mi marido, Mario, con 23 años y —todo y que no quería una relación en ese momento— me gustó desde el primer encuentro. Era un poco bruto, pero también divertido, detallista y generoso y, poco a poco, se fue colando en mi corazón.

Mario y yo tenemos una hija, María, de dieciséis primaveras. Es alegre, espontánea, cabezota, guerrera y sincera hasta pasarse: es mi vida.

Cuando nos casamos, compramos este piso. Está situado en el centro de la ciudad.

Antiguamente, era una casona donde vivía un matrimonio con dos hijas. Las hijas la heredaron y, al hacerse mayores, la remodelaron y la transformaron en tres viviendas. En el bajo, se quedaron ellas y en la primera planta construyeron dos pisos. En uno vivimos nosotros y en el otro nuestros amigos Julia, Carlos y su hija de 15 años Judit. Ni que decir tiene, que María y Judit son inseparables.

En la planta superior del bloque tenemos una hermosa terraza que es toda de nuestro disfrute. Amaya y Emilia, las dueñas, nos la cedieron y la tenemos divina; la usamos muchísimo para cenas y reuniones con amigos durante todo el año.

Mi piso y el de Julia están uno enfrente del otro separados por un gran rellano. Nuestras hijas se han criado prácticamente juntas. Las puertas de nuestras casas están siempre abiertas y las crías van de una a otra constantemente.

Julia y yo nos conocimos cuando entramos a vivir aquí con un mes de diferencia, y desde el primer día congeniamos. Hoy en día, es mi mejor amiga. Es frecuente que cenemos juntos en la terraza y que nos vayamos de vacaciones a una casita de pueblo que ellos tienen en Àger y pasemos allí todos los veranos unos días las dos familias.

Trabajo desde hace dieciocho años en una tienda de mucho prestigio de venta y tasación de joyas. Tengo una diplomatura en Gemología y un máster en tasación de gemas y joyas. Es una carrera un poco rara, lo sé, pero siempre me han apasionado las piedras preciosas y las joyas antiguas, supongo que por el halo de misterio que yo misma les atribuyo, así que, cuando me tocó escoger carrera, no lo dudé. Además, la podía estudiar en mi ciudad, aquí en Valencia. Me apasiona mi trabajo; soy encargada desde hace diez años y estoy encantada, sobre todo porque, con los años, he podido ajustar un horario que compagina perfectamente con mi vida familiar.

Mario es delineante y trabaja con Carlos en una empresa constructora, y Julia es maestra de primaria; la pobre es la que se encarga de comer con las chicas y “vigilarlas” hasta que llego yo. Cuando eran pequeñas, era más complicado, pero ahora ya son mayores y todo es más llevadero.

Llego a casa a mediodía; tengo el trabajo a cinco minutos en coche. He dejado la comida hecha, así que la pongo a calentar y me siento a tomarme un café mientras espero. Adoro la cafeína. María ha ido hoy de excursión, así que estoy sola y tranquila en casa.

Me encanta mi piso, aunque a veces me agobia por no poder atenderlo porque se me hace muy grande: cuatro habitaciones, tres baños completos y dos terrazas, sin contar las cantidades indigentes de ropa que siempre hay sucia, por doblar o por planchar. Todas las estancias son exteriores, por lo que tiene mucha luz y el sol entra a raudales durante todo el día. Mario me ayuda en las tareas cotidianas, aunque la mayoría de las veces me agobia tanto lo perfeccionista que es y sus constantes «eso no lo haces bien», que acaba haciendo él las cosas a su manera y yo dándome por vencida: ¡don perfecto!

Últimamente estoy un poco depre; me encuentro sola, un poco abandonada. No tengo ganas de nada y el día a día se me hace cuesta arriba. Algo no está bien dentro de mí. No es nada en concreto; es más bien un cúmulo de cosas. Intento descubrir cuando empecé a sentirme así. No lo

recuerdo exactamente, pero hace mucho, algo más de un año.

Echo la vista atrás y pienso en Mario, en mí y en nuestra relación llena de altibajos.

Cuando nos casamos, disfrutamos unos años de nuestro matrimonio antes de tener a María. La verdad es que lo pasamos francamente bien intentando concebirla, el sexo era genial, apasionado y frecuente. Evidentemente, cuando María nació, nada fue igual y creo que ahí empezaron nuestros problemas. Después de parir, Mario estuvo seis meses sin ponerme ni un dedo encima. Es cierto que lo rechacé en un par de ocasiones, ¡no creía que fuera tan grave! Pero para él parece que sí lo fue, pues me dijo, de bastantes malos modos, que no volvería a tocarme hasta que yo lo buscara. Eso me dejó fría, y esa frialdad me duró seis meses.

Cuando me incorporé al trabajo después de la baja de maternidad, mi matrimonio empeoró aún más. El nacimiento de María y los años que llevábamos ya casados, hicieron que la pasión mermara considerablemente por parte de los dos y fue *in crescendo* con el paso de los años.

Discutimos mucho: si yo digo blanco, él dice negro, en todo, en la educación de nuestra hija, en cómo colocar los platos en el lavavajillas o en dónde hacer la compra. Cualquier cosa es objeto de discusión. Se ha vuelto quisquilloso, agarrado, malhumorado, gritón y bastante insensible, y estoy harta.

Por suerte en la joyería estoy tranquila; trabajo rodeada de gente joven y me encanta. La dueña, Pilar, y yo somos las más mayores, pero mis compañeros me tratan como si tuviera la misma edad que ellos y eso rejuvenece. A ratos estoy de cara al público, pero mayormente trabajo en el taller o en el laboratorio tasando y reparando joyas, que es lo que me gusta. ¡Tengo hasta un despacho! Mi puesto me estimula y me mantiene siempre alerta. La verdad es que últimamente me siento mejor en el trabajo que en casa. Mi cuñada, Manuela, también trabaja conmigo en la sección de ventas.

Joder, se me ha ido el santo al cielo y la comida está casi churrascada. Pongo la mesa y me siento a comer. Cuando he acabado, oigo que se abre la puerta de la calle, qué raro...

—¿Olga, soy yo! —Mario.

—¿Pasa algo, estás bien? —Nunca viene a comer...

—Sí... solo que tengo mucho dolor de espalda y, como no había mucha faena, he decidido venirme.

—¿Has ido al médico? —Seguro que no...

—No, ahora me pondré Voltarén y la esterilla.

—Tú mismo. ¿Quieres comer algo? —Es inútil discutir, él todo lo hace bien...

—No.

—Vale.

Diálogo de besugos, como últimamente. Tengo que hablar con él; esto no puede seguir así. Voy hacia el comedor y lo veo acomodándose en el sofá con la tele puesta, para no variar.

—Mario, tenemos que hablar... —Tengo que plantearme cambiar de frase.

—¿Qué pasa? —Me dice más seco que un bacalao.

—Pues es que... no sé cómo te sientes tú, pero yo no estoy bien; algo entre nosotros no está bien. —Esta frase también tengo que cambiarla...

—¿Qué pasa? —La misma pregunta de siempre.

—Te lo acabo de decir, joder... —Me saca de quicio.

—Bueno, tranquila, ¿vale? Tú eres la que dice que no está bien, pues habla.

—Ves... a eso me refiero: no se puede hablar contigo. Te digo que no estoy bien y tú ni caso.

—Joder, Olga, si no estás bien y me lo quieres contar, me lo cuentas y ya está.

—No se trata de eso, no estoy bien y creo que tú tampoco, porque has cambiado.

—Tengo mucho trabajo... —La misma excusa de siempre.

—¡Pero qué dices! Llevamos así un montón de tiempo ¡años! Esta conversación la hemos tenido una decena de veces y siempre acaba de la misma manera...

—¿Y cómo acaba, Olga?

—¡Pues así! Yo hablo, tú no me dices nada y todo sigue igual... de mal.

—Vale, primero, a mí no me pasa nada contigo, pero creo que tú has cambiado. Últimamente, estás de mal humor y más agria que un limón. —¡Habló el algodón de azúcar, hay que joderse!

—O sea, me ves rara, mal, seria, ¿y no preguntas lo que me pasa? —alucino con él...

—Te doy tiempo; pienso que cuando quieras ya me lo contarás. —Claro, y si en ese tiempo se me pasa, pues mejor para él, un problema menos... ¡aggg, me exaspera!

—Mira, si me ves rara es porque me siento mal, necesito cosas, cosas que no me das y no me refiero a lo material. —Me estoy esforzando por no llorar.

—Son épocas, Olga, el trabajo, la niña... —¡Ni que tuviéramos cinco churumbeles!

—Eso no tiene nada que ver... —Y me deshago en lágrimas por la frustración y la impotencia de no ser... de volver, a no ser comprendida.

—No llores, ven aquí. —Me siento a su lado y me echa el brazo por encima—. Mira, vamos a hacer una cosa, el mes que viene entregamos un proyecto importante y después, tú y yo nos vamos a ir un fin de semana a algún sitio, ¿te parece? —NO

—Vale. —Sé que no es la solución, pero no puedo decir nada más. Las palabras se quedan atascadas en mi garganta y el corazón se me marchita un poco más.

—¿A qué hora viene la niña? —Uy, uy, uy.

—A las cinco he de ir a buscarla, pero he quedado con Julia ahora para tomar un café e irnos juntas a recogerlas; ella hoy ha salido a las cuatro del cole. —Sé cuáles son sus intenciones, pero lo lleva claro si cree que, con un polvo rápido, esto se va a arreglar.

—Vale, pues hasta luego. —Y se queda tan pancho, la madre que lo parió. «¿Y qué esperabas? —¡Oooh, cállate!—. Soy tu conciencia, no puedo callarme, tontina», ríe.

Llamo a la puerta de Julia y abre con su sonrisa de siempre. La envidia, sé que ha tenido sus cosas con Carlos, pero hablan y lo arreglan, que es lo normal.

—Hola, chocho, pasa. Haz el café mientras me calzo los zapatos.

—Vale. —Pongo la cafeína y me siento a esperarla.

—Ya estoy. ¿Qué te pasa? —Cómo me conoce la jodia...

—Nada, lo de siempre...

—Olga, tienes que hablar con Mario; no puedes estar así. Tenéis que arreglarlo.

—Acabo de intentarlo y ha hecho lo de siempre y encima quería echar un polvo rápido...

—La verdad es que el tío tiene poco tacto. Olga... ¿aún lo quieres, estás enamorada, sientes mariposas cuando lo ves entrar en casa, te apetece acostarte con él?

—Joder, amiga, cuantas preguntas. No sé, lo quiero, pero... ¡uf! no lo sé, Julia, estoy hecha un lío... En fin, vámonos, que las *girls* deben estar a punto de llegar.

Julia es mi mejor amiga, y creo que es la persona que mejor me conoce. Por eso, con esas preguntas, algo se remueve en mi interior, porque ni yo misma me las había planteado y no quiero respondermelas. No quiero afrontarlas; no estoy preparada.

Cuando llegamos a casa, las luces están apagadas, y Mario no está. Debe haber salido a tomar algo con su amigo Fer. María y yo nos sentamos en la mesa de la cocina y me explica mil cosas de su día. La miro y sonrío sin poder evitarlo: ¡es preciosa!

Al final se nos empieza a hacer tarde y, como nos gusta cenar pronto, ya que todos madrugamos, me toca ponerme en plan sargento.

—Vale, María, vamos a ponernos las pilas. Cuando te duches haces los deberes y luego me das esos pantalones que quieres que te cosa.

—Vale, mamá.

—Yo voy haciendo las ensaladas que hoy toca verde y mar. —Traducido, ensalada y pescado.

—¡¡Qué asco, Olga!!

—¡Oye descarada, para ti soy supermamá!

—Anda, anda... qué asco de cena; cuando Judit y yo vivamos solas, en nuestra casa no va a entrar nunca, jamás, nada que no tenga madre. ¡Buajjj, qué asco!

—Ya vale, María, es lo que hay, que luego te pruebas los bikinis y te ves michelines por todas partes. Hay que comer sano.

—Vale, vale...

¡Vaya pieza! Ahora deberes, cena y a dormir... por fin se acaba otro día y mañana viernes por fin y ¡el sábado libre!

El sábado lo pasamos solas María y yo. Mario se ha ido con su hermano Pepe y su amigote Fer de pesca. No lo trago, a Fer quiero decir; a mi cuñado y a su mujer Rita los adoro. Fer es machista, descarado, malhablado y un mujeriego de cuidado. Pobre de su mujer, la compadezco, y para postre siempre me ha mirado de un modo que no me gusta nada.

Así que, como estamos solas, vamos a comer fuera. Después María y Judith quedan para ir al

cine con unos amigos. Así que llego a casa y me echo una buena siesta. Por la tarde toca coser y planchar; ya sé que soy rara, pero ambas tareas me relajan un montón.

Cuando Mario llega, son ya las diez de la noche. Se ducha, cena y se acuesta, y María y yo nos volvemos a quedar solas. Nos hacemos palomitas y vemos Sábado Deluxe a nuestras anchas, sin tener que oír a Mario decirnos lo tontas que somos por ver ese programa.

El domingo toca ir a comer a casa de mi suegra. Cuando vamos a casa de Paca, nos juntamos también con todos mis cuñados, bueno, a Manuela la veo todos los días, pero a Rita y a Pepe no, y me encanta cotillear con ellos.

—Olga ¿Cómo va la faena? —la eterna preguntita de mi suegra.

—Bien, Paca, muy bien.

—No sé cómo puede sobrevivir una tienda de joyas con la crisis que hay. —Esa es Fernanda, mi otra cuñada que es viuda y amargada a más no poder. *No seas mala, la pobre está en dique seco hace... toda la vida, supongo* supones bien.

—Pues funciona. —«Y te jodes... —pienso. ¿Se nota que no la trago?—. Un pelín na más».

—Claro, siempre hay ricachones y niñas de papá caprichosas por lucir joyas horteras. —María me mira y le hago una advertencia muda para que se calle; Fernanda siempre hace comentarios de ese estilo y eso que no sabe de qué habla, porque no tiene hijos.

—Fernanda, eres una antigua, la tienda de Olga está siempre llena de gente mayor y joven para tasar alguna joya, comprar algo, chafardear o darse un capricho para ir guapa o guapo por la vida, hay joyas muy asequibles. —Ole, mi Rita.

—Ricachonas... —Uy, uy, uy.

—¿Ricachonas por qué? también vienen hombres. —¿Será machista, beata y retrógrada la tía!

—Porque las mujeres son más caprichosas que los hombres y se compran una joyita, un bolsito y un trapo bien corto y ¡ala, de caza! Lo tengo clarísimo, van así vestidas y enjoyadas para llamar la atención de otros hombres. —Y me señala a mí.

—Hermana, me parece que te estás pasando. Hoy en día las mujeres se ponen guapas para ellas mismas —le replica Pepe, su hermano.

—¿Para ellas mismas? No me lo creo... —sentencia la beata.

—Tita, eres muy antigua —le dice mi sobrina Lara de solo doce años.

—Es verdad, tía, yo me visto para mí misma. Me gusta verme guapa; soy tan coqueta como mamá y me encantan las joyas. El otro día mamá me regaló un camafeo que fue de... —dice mi María, pero Fernanda la interrumpe y le lanza dardos con los ojos.

—Pues ya podrías ir un poquito más discretita, hija... con esa minifalda pareces... —Llegado ese momento, echo humo por las orejas y miro a Mario con los ojos inyectados en sangre diciéndole: «¿la paras tú o lo hago yo?». *Nosotras, Olguita, ya la paramos nosotras, argggg.*

—Ya vale, Fernanda, por la medida de una falda no se puede juzgar a una mujer y por llevar más o menos joyas tampoco. —Por fin reacciona.

Y por fin se calla. A mi marido es al único al que hace caso, lo idolatra. Se le cae la baba

cuando lo mira.

El resto de la comida pasa sin pena ni gloria. Aburridas, Rita, Lara, María y yo decidimos irnos a un bar cercano a tomar un café, ya que Fernanda, la tocacojones, prohíbe fumar en casa de su madre y ni Rita ni yo vamos a renunciar al cigarrito con el café.

—No la aguanto, Rita, te juro que me callo por Pepa, pero cualquier día...

—No caigas en su juego, Olga, yo la conozco hace casi treinta años y siempre ha sido así. Somos las dos de la misma edad, y de recién casadas nos llevábamos súper bien, pero al poco de casarse cambió, se amargó y la cosa fue a peor una vez viuda.

—¿Qué le debe haber pasado? Es lo que me extraña. ¡Qué tiene 55 años por Dios y parece una abuela! Siempre tiene algo que decir en contra de mí y hoy también le ha dado por María, y eso sí que no se lo voy a consentir.

—Mamá, ni caso, a mí me resbala lo que diga la tita y todo el mundo mundial.

—María, lo que la tita te ha dicho no está bien, pero tú chitón, ¿vale? —intento frenarla, que la conozco. *Tú déjala, no la frenes.*

—Claro que sí, guapi. —Y me sonrío... me la como.

Cuando llegamos a casa, Mario está más serio de lo normal, que ya es decir. Y como siempre, soy yo la que le pregunto.

—¿Te pasa algo, Mario?

—Te has pasado un poco en casa de mi madre, ¿no te parece? —¡¡Perdonaaaa!!!

—Y tú demasiado has tardado en defender a tu hija. Si no te aviso, te hubieras quedado tan tranquilo y calladito, y hay que reaccionar Mario. Tienes que empezar a pararle los pies a Fernanda; últimamente se pasa un huevo con María. —Y conmigo, dicho sea de paso.

—Ya sabes cómo es; tienes que pasar de ella y punto, joder.

—¡Y lo hago! pero que no hable así de María. Por favor te lo pido, si vuelve a pasar, o le paras los pies o salgo por la puerta y no vuelvo en la vida.

—¡Que vale, joder! Como si en casa de tus padres todo fuera perfecto.

—Te estás pasando, Mario, y estás mintiendo. En mi casa nunca se han metido contigo y menos aún con nuestra hija.

—Vale, ya está bien. Me voy a ver a Fer. Hasta luego.

Y aquí se acaba la conversación, porque a él le sale de los huevos, dejándome como si fuera yo la rara. *Anda y que le den, Olguita.* Vaya mierda de día.

El dulce sabor de la verdad



Una verdad escondida...

Marco, tendrá que ganarse la confianza de Sofía de nuevo, y explicarle algunas cosas de su terrible pasado.

Ella no solo tendrá que lidiar con las mentiras de este, también con las suyas.

Su gran secreto saldrá a la luz y su vida se complicará por segundos.

Una familia de cuatro...

Sofía tendrá que entenderse con Álvaro. El pasado ha quedado atrás, y ahora les une algo muy importante. No solo a ellos, también a Marco.

Aprenderán a vivir como una familia, un tanto peculiar, pero feliz.

Un final de cuento de hadas...

Después de verdades ocultas, mentiras dolorosas y un amor para toda la vida, solo puede quedar un final en el que la felicidad, sea la protagonista.

Chris Razo nació en Madrid el 7 de enero de 1990. Apasionada de la literatura, estudia Filología Hispánica en la Uned, compaginándolo con su trabajo, su familia y su hijo pequeño. Enamorada de la novela romántica comenzó a escribir desde muy pequeña, pero no fue hasta hace dos años cuando se decidió a autopublicar su primera novela. Desde entonces no ha parado de escribir.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Chris Razo

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-64-9

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

El dulce sabor de la verdad

Prólogo

Capítulo 1. Nuestra vida

Capítulo 2. El temido encuentro

Capítulo 3. No me lo pones nada fácil

Capítulo 4. Verdades a destiempo

Capítulo 5. Te echo de menos

Capítulo 6. ¿Olvidar y perdonar?

Capítulo 7. Un paso hacia delante

Capítulo 8. Las cosas no son tan fáciles

Capítulo 9. Amor, razón, decisión

Capítulo 10. Tú no eras para mí; yo no era para ti

Capítulo 11. Con pequeñas mentiras se destruyen grandes amores

Capítulo 12. No debí mentirte

Capítulo 13. No te quiero en mi vida

Capítulo 14. Recolocando mi nueva vida

Capítulo 15. Apareciste cuando menos te esperaba

Capítulo 16. Volver a verte

Capítulo 17. Todo llega, todo pasa

Capítulo 18. El momento más feliz de mi vida

Capítulo 18. El momento más feliz de mi vida

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Chris Razo

Créditos